

Virginia Woolf



libro al
viento

UN AVE
POSADA
ALLÁ

Traducción de Patricia Torres Londoño

A LO LEJOS

CATORCE TEXTOS BREVES



Libro al Viento

COLECCIÓN UNIVERSAL

Este ejemplar de Libro al Viento es un bien público.
Después de leerlo permita que circule entre los demás lectores.

ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ

Claudia Nayibe López Hernández
Alcaldesa Mayor de Bogotá

SECRETARÍA DE CULTURA, RECREACIÓN Y DEPORTE

Catalina Valencia Tobón
Secretaria de Cultura, Recreación y Deporte

INSTITUTO DISTRITAL DE LAS ARTES – IDARTES

Mauricio Galeano Vargas
Director General

Maira Salamanca Rocha
Subdirectora de las Artes

Hanna Paola Cuenca Hernández
Subdirectora de Equipamientos Culturales

Leyla Castillo Ballén
Subdirectora de Formación Artística

Adriana María Cruz Rivera
Subdirectora Administrativa y Financiera

Carlos Alberto Ramírez Pérez
Gerente de Literatura

**Olga Lucía Forero Rojas, Ricardo Ruiz
Roa, Andrea Mojica Molina, María Camila
Jaramillo Laverde, María Eugenia Montes
Zuluaga, Yenny Mireya Benavidez Martínez,
Wilmar Molina Vargas, Massiel García Lugo,
Natalia López Mazo, Yalila Pérez Montaya.**
Equipo del Área de Literatura

**PRIMERA EDICIÓN
BOGOTÁ, AGOSTO DE 2021**

Los derechos de los textos, las traducciones y las imágenes de este libro pertenecen a sus autores. Sin embargo, queda prohibida cualquier reproducción (parcial o total) de esta obra en su conjunto sin consentimiento de Idartes.

© Instituto Distrital de las Artes – Idartes
© Patricia Torres Londoño, por la traducción
Fredy Ordóñez, edición

Camila Cardeñosa, diseño de la colección
BastardaType y **Camila Cardeñosa**, diseño de
la tipografía Obispo

Paula Andrea Gutiérrez Roldán,
Diseño y diagramación

Paula A. Gutiérrez R., imagen de cubierta y
página 168.

George C. Beresford, Imagen de la página 162.

ISBN: 978-628-7531-29-1

GERENCIA DE LITERATURA IDARTES

Carrera 8 n.o 15-46. Bogotá D. C.

Teléfono: 3795750

www.idartes.gov.co

contactenos@idartes.gov.co

 @LibroAIViento  @LibroAIViento

UN AVE

POSADA

ALLÁ

A LO LEJOS

7
SU MAGNÍFICA INTROSPECCIÓN
Presentación

13
LA MARCA EN LA PARED

29
LOS JARDINES DE KEW

43
OBJETOS SÓLIDOS

55
UNA NOVELA NO ESCRITA

77
UNA CASA ENCANTADA

81
LUNES O MARTES

83
EN EL HUERTO

89
EL VESTIDO NUEVO

105
EL HOMBRE QUE AMABA AL PRÓJIMO

117
RECAPITULACIÓN

125
LA MUJER EN EL ESPEJO

137
LA DUQUEJA Y EL JOYERO

151
EL LECTOR COMÚN

155
LA MUERTE DE LA POLILLA

162
LA AUTORA

Libro al Viento es un programa de fomento a la
lectura de la Secretaría de Cultura, Recreación y
Deporte y el Instituto Distrital de las Artes – Idartes

SU MAGNÍFICA INTROSPECCIÓN

Presentación

Eso era lo que pensaba, sin definir mucho ningún pensamiento, porque, aunque Isabella era una de esas personas reservadas que mantienen los pensamientos envueltos en nubes de silencio, su mente siempre estaba llena de pensamientos.

“La mujer en el espejo”

Lo que quiero mostrar es la sensación de hombres y mujeres vivos contra un fondo. Creo que hago bien en intentarlo, pero es algo tremendamente difícil.

En una carta a Ethel Smyth
(14 de marzo de 1932)

Este libro en el que se compendian algunos de los cuentos y un par de ensayos brevísimos de Virginia Woolf pretende ser una invitación a su obra. Fueron escritos a lo largo de su vida, entre una novela y otra, entre ensayos y textos autobiográficos, a la par que se desempeñaba como crítica literaria, escribía innumerables cartas y llevaba con asiduidad un diario, cuyos únicos vacíos corresponden a momentos en que su salud mental se resquebrajaba.

Como podrá comprobar el lector, son un ejemplo —en ocasiones eximio— de su esfuerzo extraordinario por captar literariamente el flujo de la consciencia y la naturaleza rigurosamente subjetiva del tiempo, lo que concurre, en parte, a explicar la originalidad y el carácter canónico de su obra: pocos autores del siglo xx depositaron sus libros en estantes tan firmes. Transformar la literatura, perdurar, es algo que Virginia Woolf sin duda persiguió, de lo que nos quedan suficientes pruebas. En una carta a David Garnett de 1917 —año en el que está datado “La marca en la pared”, el primer cuento de esta colección— escribió: “Me alegro mucho de que la historia te haya gustado. En cierta forma es más fácil hacer algo corto, de una sola vez, que una novela. Las novelas son terriblemente torpes y abrumadoras, pero si consiguiéramos dominarlas sería genial. Me atrevo a decir que habría que inventar una forma completamente nueva. De todas maneras es muy divertido probar con estas cosas cortas y una fortuna inmensa poder hacer lo que a uno le gusta; sin editores ni correctores, solo lectores a los que más o menos les gusta este tipo de cosas” (aún no había escrito ni *La señora Dalloway* —1925—, ni *Al faro* —1927—, ni *Las olas* —1931—, entre otras).

Es a la luz de esta ambición literaria como quizás mejor se leen estos cuentos, en los que el lector, además de perderse —hace parte de la apuesta de Woolf—, puede descubrir cómo es de

maleable el tiempo, cuán agudamente se puede ver un personaje (o una mancha en la pared) y cuán significativo es el papel de las digresiones en la forma misma de nuestra mente, todo resultado y reflejo de su magnífica introspección. En “La mujer en el espejo” apuntó: “Lo que queríamos captar y convertir en palabras era el estado más profundo de su ser, ese estado que es a la mente lo que la respiración es al cuerpo, eso que llamamos felicidad o infelicidad”.

Virginia Woolf nació en Londres en 1882 y murió en 1941 (es decir, fue testigo de las dos grandes guerras mundiales del siglo pasado); se casó con Leonard Woolf e hizo parte del llamado grupo de Bloomsbury, del que central o satelitalmente hicieron parte, entre otros, el novelista E. M. Forster, el escritor Lytton Strachey y el economista John Maynard Keynes. Pero antes, a los trece años, tuvo que sobreponerse a la muerte de su madre, y a la muerte de su medio hermana Stella dos años después; sus biógrafos sitúan en esos años el inicio de sus depresiones, su desesperación, sus desalientos —es imposible hacer un diagnóstico retrospectivo certero—, que al cabo pondrían fin a su vida el viernes 28 de marzo de 1941: se colgó una piedra grande en su abrigo de piel y se dirigió al río Ouse, a un kilómetro de su casa, y se lanzó al agua.

Por lo que sea, da la impresión de que hoy en día ha prevalecido su retrato más lúgubre, el asociado a los desvaríos de

su mente y a su suicidio. Sin embargo, estos momentos comprenden apenas una parte mínima de su vida y sería conveniente leerla con la genuina alegría de la que gozó —queremos suponer— la mayor parte del tiempo (es célebre el final de la carta que dejó a Leonard, su esposo, antes de morir: “No creo que dos personas pudieran haber sido más felices de lo que hemos sido nosotros”) y la compasión con la que se vio a sí misma y que se expandía al construir sus personajes, no importa que uno de estos fuera una polilla: “La polilla hacía lo que podía. Al contemplarla, parecía como si una fibra muy delgada, pero pura, de la enorme energía del mundo hubiese sido implantada dentro de ese cuerpo frágil y diminuto”.

Fredy Ordóñez

Editor de Libro al Viento

Traducción de
Patricia Torres Londoño



UN AVE

POSADA

ALLÁ

Virginia Woolf

A LO LEJOS

14 TEXTOS BREVES

LA MARCA EN LA PARED

TAL VEZ FUE A MEDIADOS DE ENERO DE ESTE año cuando levanté la vista y vi la marca en la pared por primera vez. Para concretar una fecha es necesario recordar lo que uno vio. Por eso ahora pienso en el fuego, la película de luz amarilla que cubre de manera constante la página de mi libro, los tres crisantemos en el florero redondo de cristal sobre la repisa de la chimenea. Sí, debe de haber sido en invierno, y acabábamos de tomarnos el té, porque recuerdo que estaba fumándome un cigarrillo, cuando levanté la vista y vi por primera vez la marca en la pared. Levanté la vista a través del humo del cigarrillo y mis ojos se posaron un momento en las brasas...y entonces cruzó por mi mente aquella vieja imagen de la bandera escarlata flameando en la torre del castillo, y pensé en la fila de caballeros rojos galopando por la ladera de la roca negra. Por fortuna, y para alivio mío,

la imagen de la marca interrumpió aquella fantasía, porque se trata de una vieja fantasía, una fantasía automática, tal vez creada en la infancia. La marca era pequeña y redonda, parecía negra sobre la pared blanca, y estaba a unos quince o veinte centímetros de la repisa de la chimenea.

Con qué facilidad se arremolinan nuestros pensamientos en torno a un objeto nuevo, levantándolo y desplazándolo un poco, como hormigas que transportan una brizna de paja con frenesí, para abandonarla después... Si esa marca había sido producida por una puntilla, no podría ser de un cuadro, tendría que haber sido de una miniatura: la miniatura de una dama de rizos blancos empolvados, mejillas también empolvadas y labios rojos como el clavel. Una falsificación, desde luego, porque los que vivían en esta casa antes que nosotros habrían elegido los cuadros de esa manera: un cuadro antiguo para un salón antiguo. Eran esa clase de gente, gente muy interesante, y pienso en ellos con mucha frecuencia, en lugares tan extraños, porque nunca volveré a verlos, nunca sabré qué sucedió con ellos. Querían mudarse de esta casa porque querían cambiar el estilo de sus muebles —eso dijo él— y estaba en proceso de decir que, en su opinión, el arte debía estar respaldado por ideas, cuando el vínculo que compartíamos se rompió, como se rompe el vínculo que entablamos con la anciana que está a punto de servir el té, y con el joven que está a

punto de golpear la pelota de tenis en el jardín trasero de su casa en las afueras, cuando pasamos a toda prisa en el tren.

Pero en lo que se refiere a esa marca, no estoy segura; después de todo, no creo que haya sido hecha por una puntilla; es demasiado grande, demasiado redonda para eso. Podría ponerme de pie, pero si me levanto y la miro de cerca, apuesto a que aun así no podría saberlo con certeza; porque después de que se hace una cosa, nadie sabe nunca cómo sucedió. ¡Ay, caramba, el misterio de la vida! ¡La imprecisión del pensamiento! ¡La ignorancia de la humanidad! Para demostrar cuán poco control tenemos sobre nuestras posesiones —el asunto tan accidental que es esta vida, a pesar de tantos siglos de civilización—, permítanme enumerar solo unas cuantas de las cosas que perdemos en el curso de la vida, empezando —porque esa siempre parece la más misteriosa de las pérdidas— por qué un gato se comería, o qué ratón roería, tres tarros azul pálido de herramientas para encuadernar libros. Luego están las jaulas para aves, los aros de hierro, los patines de acero, el balde para el carbón estilo Reina Ana, el tablero de bagatela, el órgano de mano, todos desaparecidos. Y también joyas, ópalos y esmeraldas, que yacen entre las raíces de los nabos. ¡Cuánto hay que escarbar y pelar para estar seguros! Lo increíble es tener algo de ropa sobre la espalda, estar sentada aquí, rodeada de muebles sólidos. Porque si alguien

quiere comparar la vida con algo, hay que equipararla con ir disparado en el metro, a ochenta kilómetros por hora, y aterrizar en el otro extremo ¡sin una sola horquilla en el pelo! ¡Ser lanzados a los pies de Dios totalmente desnudos! Ir dando tumbos por los campos de asfódelos¹, como paquetes envueltos en papel de embalar, arrojados por una rampa en la oficina de correos. Con el pelo al viento, como la cola de un caballo de carreras. Sí, esto parece expresar la rapidez de la vida, el perpetuo ciclo de deterioro y reparación; todo muy imprevisto, todo muy caprichoso...

Pero la vida después de la vida... El lento descenso de gruesos tallos verdes para que el cáliz de la flor, cuando dé la vuelta, nos inunde con su luz púrpura y roja. ¿Por qué, después de todo, no podemos nacer allá, como nacemos aquí, indefensos, sin habla, incapaces de fijar la mirada, andando a tientas entre las raíces de la hierba y los dedos de los pies de los Gigantes? En cuanto a distinguir los árboles de los hombres y mujeres, o saber si existen cosas así, uno no estará en condiciones de hacerlo en cincuenta años o más. No habrá nada más que espacios de luz y sombra, cruzados por gruesos tallos, y tal vez más arriba, manchas en forma de rosa, de un color indescifrable —vagos tonos rosa y azules—, los cuales

1 Campos de Asfódelos es como se conoce la región del viejo inframundo griego a la que eran enviadas las almas ordinarias después de la muerte. [N. de la trad.]

se volverán más definidos a medida que pase el tiempo, se volverán... no sé qué...

Y, sin embargo, esa marca en la pared definitivamente no es un agujero. Hasta es posible que haya sido causada por algo negro y redondo, como la hojita de una rosa, abandonada allí desde el verano, y yo, que no soy un ama de casa muy observadora... Miren, por ejemplo, el polvoero sobre la repisa de la chimenea, el polvo que, tal como dicen, cubrió a Troya en tres ocasiones, y del que solo se salvaron unos cuantos fragmentos de cerámica que se negaron totalmente a la extinción, según se cree...

El árbol que está afuera de la ventana golpea suavemente el vidrio... Pero yo quiero pensar en silencio, en calma, tener espacio para pensar —y nunca ser interrumpida, nunca tener que levantarme de mi silla—, para deslizarme con facilidad de una cosa a la otra, sin enfrentar ninguna hostilidad, ningún obstáculo. Quiero sumergirme más y más profundamente, lejos de la superficie con sus hechos concretos y aislados. Para estabilizarme, permítanme agarrar la primera idea que pase... Shakespeare... Bueno, ese tema servirá tanto como otro... Un hombre que se sentaba durante horas en un sillón y observaba el fuego, y... una lluvia de ideas caía constantemente a su mente desde un cielo muy alto. El hombre apoyaba su frente sobre la mano y la gente, que lo espiaba a

través de la puerta abierta... porque se supone que esta escena tiene lugar en una noche de verano... Pero ¡qué tontería toda esta ficción histórica! No me interesa en lo más mínimo. Quisiera encontrar una línea de pensamiento agradable, una línea que proyectara de manera indirecta cosas buenas sobre mí, porque esos son los pensamientos más placenteros, y los más frecuentes incluso en la mente de gente modesta y gris, que cree genuinamente que no es agradable escuchar elogios. Pero estos no son pensamientos en los que uno se alabe directamente; eso es lo bonito. Son pensamientos como este:

“Y entonces entré en el salón, donde ellos estaban hablando de botánica. Y dije que había visto crecer una flor encima de un montículo de polvo, en el lugar en que había habido una antigua casa en Kingsway. La semilla, dije, debe de haber sido plantada durante el reinado de Carlos I. ¿Qué flores se daban en el reinado de Carlos I?”, pregunté (pero no recuerdo la respuesta). Tal vez flores altas con borlas color púrpura. Y así sigue... Todo el tiempo intento embellecer mentalmente mi propia imagen, de manera amorosa, sigilosa, pero sin adorarla abiertamente, porque si hiciera eso, yo misma me pillaría en flagrancia y entonces estiraría el brazo para tomar un libro de inmediato, en un gesto de autoprotección. De hecho, es curiosa la manera tan instintiva como protegemos nuestra imagen de la idolatría o de cualquier otra manipulación que

pueda hacerla ver ridícula, o demasiado distinta de la original como para seguir creyendo en ella. ¿O tal vez no es tan curioso, a fin de cuentas? Es un asunto de gran importancia. Supongamos que el espejo se rompe en mil pedazos, la imagen desaparece y la figura romántica, rodeada de profundos bosques verdes, deja de estar ahí, y solo queda el cascarón que ven los demás... ¡Qué lugar más irrespirable, frívolo, árido y obvio se volvería el mundo! Un mundo para no vivir en él. Mientras nos miramos unos a otros en los autobuses y los metros subterráneos, observamos el espejo; eso explica la ambigüedad, el fulgor impasible de nuestros ojos. Y los novelistas del futuro descubrirán cada vez más la importancia de estos reflejos, porque, desde luego, no hay un solo reflejo sino un número casi infinito; esas son las profundidades que ellos explorarán, los fantasmas que perseguirán, omitiendo cada vez más de sus historias la descripción de la realidad, dando por descontado el conocimiento de esta, como hicieron los griegos y, tal vez, Shakespeare... Pero estas generalizaciones no valen nada. La resonancia militar de la palabra basta. Recuerda noticias de primera plana, ministros del gabinete, toda una clase de cosas que, de hecho, de niños pensábamos que eran la cosa misma, el estándar, la cosa de verdad, de la cual uno no podía separarse ileso sin correr el riesgo de sufrir un castigo innombrable. Las generalizaciones evocan de

alguna manera los domingos en Londres, los paseos en las tardes de domingo, los almuerzos dominicales, y también maneras de hablar sobre los muertos, sobre la ropa y las costumbres —como la costumbre de sentarnos todos juntos en un salón hasta cierta hora, aunque a nadie le gustaba—. Había una regla para todo. La regla sobre los manteles en esa época particular era que tenían que ser hechos en tela de tapicería, con pequeñas secciones amarillas marcadas encima, como las que se pueden ver en fotografías de las alfombras que cubren los pasillos de los palacios reales. Los manteles de otra clase no eran manteles de verdad. ¡Qué impactante y, sin embargo, cuán maravilloso era descubrir que estas cosas verdaderas, los almuerzos de domingo, los paseos dominicales, las casas de campo y los manteles no eran totalmente reales! Que eran, de hecho, casi fantasmas y el castigo que sufría el que no creyera en ellas solo era una ilegítima sensación de libertad. ¿Qué ocupa ahora el lugar de esas cosas, de esas cosas reales y estándar², me pregunto. Los hombres, tal vez, si eres mujer; el punto de vista masculino que gobierna nuestra vida, que impone los estándares, que establece el orden de precedencia del *Almanaque Whitaker*², el cual se ha vuelto —supongo— una especie de delirio para muchos hombres y mujeres

2 Libro de referencia que se publica anualmente en el Reino Unido, desde 1868, y se compone de artículos y cuadros sobre distintas informaciones generales. [N. de la trad.]

desde la guerra, y que pronto —es de esperar— se volverá tan ridículo que terminará en el mismo cubo de la basura al que van a parar los fantasmas, los aparadores de caoba y los grabados de Landseer³, los dioses y los demonios, el infierno y así sucesivamente, dejándonos a todos con una embriagadora sensación de libertad ilegítima... si es que la libertad existe...

Bajo cierta luz, esa marca en la pared en realidad parece sobresalir de la pared. Y tampoco es totalmente circular. No puedo afirmarlo con certeza, pero parece proyectar una sombra perceptible, lo que sugiere que, si pasara un dedo por esa parte de la pared, en cierto punto este subiría y bajaría por un pequeño montículo, un montículo suave, como esos montecillos de los South Downs⁴, que son, según dicen, tumbas o campamentos. De las dos posibilidades preferiría que fueran tumbas, pues me gusta la melancolía, como a la mayoría de los ingleses, y me parece natural pensar, al final de una caminata, en los huesos que yacen bajo la hierba... Debe de haber algún libro al respecto. Tal vez algún coleccionista de antigüedades haya desenterrado esos huesos y les haya dado un nombre... Me pregunto qué clase de personas son los coleccionistas de antigüedades. En su mayoría, coroneles

3 Edwin Henry Landseer (1802-1873), pintor británico, especializado en pinturas de animales, cuyos cuadros se popularizaron mediante reproducciones en grabado realizadas por su hermano. [N. de la trad.]

4 Región ondulada del sureste de Inglaterra, famosa por la presencia de montículos funerarios. [N. de la trad.]

retirados, me atrevería a decir; viejos que pasan su tiempo organizando recorridos arqueológicos para grupos de obreros jubilados, examinando trozos de tierra y piedra y escribiéndose con los curas del pueblo, cartas que, al ser abiertas a la hora del desayuno, los llenan de una sensación de importancia porque, además, la comparación de las puntas de flecha requiere viajes a través del país, a los condados, una necesidad agradable tanto para ellos como para sus ancianas esposas, que quieren hacer mermelada de ciruelas, o limpiar el estudio, y tienen todas las razones para mantener en suspenso perpetuo el asunto del campamento o las tumbas, mientras que el coronel mismo se siente plácidamente filosófico al acumular evidencia sobre las dos posibilidades. Es cierto que al final se inclina más por la hipótesis del campamento y que, al recibir argumentos en contra, redacta un panfleto que está a punto de leer en la reunión trimestral de la junta local, cuando sufre un síncope y sus últimos pensamientos conscientes no son sobre la esposa o los hijos, sino sobre el campamento y esa punta de flecha, la misma que ahora está en una vitrina del museo del pueblo, al lado del pie de una asesina china, un puñado de clavos isabelinos, varios tubos de arcilla de la época Tudor, una pieza de cerámica romana y la copa de vino de la que bebió Nelson... la cual demuestra yo no sé realmente qué.

No, no, nada queda demostrado, nada sabemos. Y si yo me levantara en este mismo instante y confirmara que la marca en la pared es en realidad —¿qué podríamos decir?— la cabeza de un enorme clavo antiguo, incrustado ahí desde hace doscientos años, que ahora, gracias al desgaste producido por varias generaciones de criadas, ha asomado la cabeza por encima de la capa de pintura y está echándole el primer vistazo a la vida moderna, representada por un salón de paredes blancas e iluminado por el fuego, ¿qué ganaría? ¿Conocimiento? ¿Material para seguir especulando? Cuando estoy sentada puedo pensar tanto como cuando estoy de pie. ¿Y qué es el conocimiento? ¿Qué son nuestros sabios sino los descendientes de brujas y ermitaños que se acurrucaban en cuevas y bosques a preparar brebajes de hierbas, mientras interrogaban musarañas y tomaban nota del lenguaje de las estrellas? Y cuanto menos los honramos, a medida que nuestras supersticiones flaquean y nuestro respeto por la belleza y la salud del alma aumenta... Sí, sí es posible imaginar un mundo muy agradable. Un mundo en silencio y espacioso, con las flores más rojas y más azules en los campos abiertos. Un mundo sin profesores ni especialistas, ni amas de casa con perfil de policías, un mundo que se pudiera cortar con el pensamiento como corta el pez el agua con su aleta, rozando los tallos de los nenúfares, quedando suspendido sobre

nidos de huevos blancos y marinos... ¡Qué paz la que se respira ahí abajo! Enclavada en el centro del mundo y mirando a través de las aguas grises, con sus súbitos destellos de luz, y sus reflejos... ¡de no ser por el Almanaque Whitaker! ¡De no ser por el orden de precedencia!

Tendría que ponerme de pie de un brinco y ver con mis propios ojos que la marca en la pared en realidad es... ¿una puntilla, la hoja de una rosa, una grieta en la madera?

Aquí está la Naturaleza de nuevo, en su viejo juego del instinto de conservación. Según ella, esta línea de pensamiento corre el riesgo de convertirse en un mero desperdicio de energía, incluso un choque con la realidad, porque ¿quién podrá levantar alguna vez un dedo en contra del orden de precedencia de Whitaker? Al arzobispo de Canterbury le sigue en importancia el Lord canciller, al Lord canciller le sigue el arzobispo de York. Todo el mundo le sigue en importancia a alguien, esa es la filosofía de Whitaker y lo más importante es saber quién le sigue a quién. Whitaker lo sabe, y hay que dejar que eso nos consuele —es lo que aconseja la Naturaleza—, en lugar de enfurecernos; y si nada nos sirve de consuelo, si tenemos que destruir este momento de paz, entonces pensemos en la marca en la pared.

Entiendo el juego de la Naturaleza, cómo nos impulsa a aniquilar cualquier pensamiento que amenace con despertar

entusiasmo o causar dolor. De ahí, presumo, viene nuestro ligero desprecio por los hombres de acción, hombres que —es lo que suponemos— no piensan. Aun así, no hay nada de malo en ponerles punto final a nuestros pensamientos desagradables observando una marca en la pared.

De hecho, ahora que he clavado mis ojos en ella, siento como si me hubiera aferrado a una tabla en medio del mar; siento una gratificante sensación de realidad, que de inmediato manda a los dos arzobispos y al Lord canciller a las sombras de las tinieblas. He aquí algo definitivo, algo real. Del mismo modo en que, al despertar después de una pesadilla de horror en medio de la noche, uno enciende apresuradamente la luz y se queda inmóvil, mirando con reverencia la cómoda, venerando la solidez, venerando la realidad, venerando aquel mundo impersonal que es prueba de una existencia distinta de la nuestra. Esa es la certeza que queremos tener... La madera es una cosa sobre la que es agradable pensar. Viene de un árbol y los árboles crecen y nosotros no sabemos cómo crecen. Crecen durante años y años, sin prestarnos ninguna atención, en praderas, en bosques y al lado de los ríos, todas esas cosas en las que nos gusta pensar. Las vacas mueven la cola debajo de ellos en las tardes de calor, y los árboles también pintan los ríos de un color tan verde que, cuando las gallinetas se sumergen en sus aguas, uno espera verlas salir con

las plumas todas teñidas de verde. Me gusta pensar en el pez que hace equilibrio contra la corriente, como una bandera ondeando; y en los escarabajos que levantan lentamente montículos de lodo en el lecho del río. Me gusta pensar en el árbol mismo: primero, la sensación reseca de ser madera; luego, el embate de la tormenta, y luego, el lento y delicioso goteo de la savia. También me gusta pensar en el árbol en las noches de invierno, de pie en medio del campo desierto, con todas las hojas plegadas, sin dejar expuesto ni un tierno brote a las balas de acero de la luna, un mástil desnudo sobre una tierra que va dando tumbos y tumbos, durante toda la noche. El canto de las aves debe de sonar muy estridente y extraño en junio, y qué frías le deben de parecer las patas de los insectos, a medida que ascienden con dificultad por las grietas de la corteza, o cuando toman el sol sobre el frágil toldo verde del follaje y miran al frente con ojos rojos de muchas facetas... Uno por uno, los filamentos se van rompiendo bajo la presión inmensa y fría de la tierra, luego viene la última tormenta y, al desplomarse, las ramas más altas vuelven a hundirse en la tierra. Pero, aun así, la vida no termina; todavía quedan un millón de vidas pacientes y serviciales para un árbol, en todas partes del mundo, en habitaciones, en barcos, en las aceras, revistiendo salas en las que hombres y mujeres descansan después de tomar el té mientras fuman. Este árbol está lleno

de pensamientos tranquilos, pensamientos felices. Quisiera tomar cada uno por separado, pero algo se interpone en el camino... ¿Dónde estaba? ¿De qué se ha tratado todo esto? ¿Un árbol? ¿Un río? ¿Los Downs? ¿El Almanaque Whitaker? ¿Los campos de asfódelos? No puedo recordar nada. Todo se mueve, se cae, se desliza, desaparece... Hay una gran explosión de materia. Alguien está frente a mí y dice:

—Voy a salir a comprar un periódico.

—¿Qué?

—Aunque de nada sirve comprar periódicos... Nunca pasa nada. Condenada guerra, ¡Dios maldiga esta guerra! Como sea, no veo por qué debemos tener un caracol en la pared.

¡Ah, la marca en la pared! Era un caracol.

LOS JARDINES DE KEW

DE LA JARDINERA OVALADA SE ELEVABAN QUIZÁS un centenar de tallos que se ensanchaban, a medio camino, en hojas en forma de corazón, o de lengua, y desplegaban en la punta pétalos rojos, azules o amarillos, salpicados de manchas de color que sobresalían de la superficie; y de la penumbra roja, azul o amarilla del centro surgía una vara recta, áspera, cubierta de polvo dorado y ligeramente abultada en el extremo. Los pétalos tenían el volumen suficiente para que la brisa del verano los meciera, y cuando se movían, las luces rojas, azules y amarillas se deslizaban una sobre la otra, tiñendo los dos centímetros de tierra marrón que tenían debajo con un destello del color más abigarrado. La luz caía o bien sobre el lomo liso y gris de un guijarro, o bien sobre el caparazón de un caracol, con sus venas circulares color marrón, y si caía dentro de una gota de lluvia, entonces ensanchaba con tal intensidad

de rojo, azul y amarillo las delgadas paredes del agua que uno esperaba verlas estallar y desaparecer. Pero en un segundo la gota volvía a adquirir un color gris plateado y ahora la luz se posaba sobre la materia de una hoja, revelando el entramado de fibras que se multiplicaban bajo la superficie, y entonces volvía a moverse y difundía sus rayos sobre los inmensos espacios verdes protegidos por la bóveda de las hojas en forma de corazón y de lengua. Luego la brisa soplaba con un poco más de fuerza en el cielo y el color se proyectaba hacia el aire de más arriba, hacia los ojos de los hombres y las mujeres que paseaban por los Jardines de Kew en el mes de julio.

Las figuras de estos hombres y mujeres vagaban más allá de la jardinera, con un movimiento curiosamente irregular, que no difería mucho del de las mariposas blancas y azules que cruzaban el prado volando en zig-zag de una jardinera a otra. El hombre iba un poco delante de la mujer, paseando con aire distraído, mientras que ella avanzaba con más decisión, volteando la cabeza de vez en cuando solo para constatar que los niños no estuvieran muy rezagados. El hombre mantenía su distancia delante de la mujer de modo deliberado, aunque tal vez inconsciente, porque deseaba seguir absorto en sus pensamientos.

“Hace quince años vine aquí con Lily”, pensaba. “Nos sentamos por allí, junto a un lago, y yo me pasé la tarde rogándole

que se casara conmigo. Recuerdo la forma en que una libélula revoloteaba en torno nuestro, en medio del calor: aún veo con claridad la libélula y recuerdo el zapato de Lily, con aquella hebilla cuadrada color plata en la punta. Mientras hablaba, yo no dejaba de mirar su zapato y, cuando lo veía moverse con impaciencia, ya sabía, sin tener que levantar la vista, lo que ella iba a decir: toda ella parecía estar en su zapato. Y mi amor, mi deseo, en la libélula. Por alguna razón pensé que, si la libélula se posaba allí, en aquella hoja, la más ancha, con la flor roja en la mitad, si la libélula se posaba en la hoja, ella diría ‘Sí’ de inmediato. Pero la libélula seguía dando vueltas y vueltas; nunca se posó en ninguna parte... Claro que no, afortunadamente no, o entonces no estaría paseando aquí con Eleanor y los niños...”

—Dime, Eleanor, ¿alguna vez piensas en el pasado?

—¿Por qué lo preguntas, Simon?

—Porque he estado pensando en el pasado. He estado pensando en Lily, la mujer con la que pude haberme casado... Bueno, ¿por qué no dices nada? ¿Te molesta que piense en el pasado?

—¿Por qué habría de molestarme, Simon? ¿Acaso no pensamos siempre en el pasado, cuando estamos en un jardín lleno de hombres y mujeres que reposan bajo los árboles? ¿No son ellos nuestro pasado, lo que queda de él, esos hombres y

mujeres, esos fantasmas que reposan bajo los árboles... nuestra felicidad, nuestra realidad?

—Para mí, son la hebilla plateada y cuadrada de un zapato y una libélula...

—Para mí, un beso. Imagínate a seis chiquillas sentadas frente a sus caballetes hace veinte años, al borde de un lago, pintando los nenúfares, los primeros nenúfares rojos que veía en la vida. Y, de repente, un beso en la nuca. La mano me tembló tanto durante toda la tarde que después no pude seguir pintando. Saqué mi reloj y definí la hora en la que me permitiría pensar en aquel beso solo por cinco minutos —fue tan precioso—, el beso de una anciana de pelo cano, con una verruga en la nariz, la madre de todos mis besos por el resto de la vida. Vamos, Caroline, vamos, Hubert.

Dejaron atrás la jardinera, caminando ahora los cuatro uno al lado del otro, y rápidamente su tamaño se fue achicando entre los árboles, y parecían casi transparentes a medida que la luz del sol y la sombra flotaban sobre sus espaldas, formando grandes parches temblorosos e irregulares.

Entretanto, en la jardinera ovalada, el caracol, cuyo caparazón se había teñido de rojo, azul y amarillo por espacio de dos minutos o más, parecía ahora estar moviéndose de la forma más leve entre su caparazón y luego empezó a bregar con los grumos de tierra suelta, que se desintegraban y salían

rodando a su paso. Al parecer, tenía una meta claramente definida, aspecto que lo diferenciaba del singular insecto verde y anguloso, de patas largas, que trataba de cruzar delante de él y esperó un segundo, con las antenas temblando, como si estuviera pensando, antes de marcharse rápida y torpemente en la dirección contraria. Barrancos pardos, con profundos lagos verdes en sus honduras; árboles planos como briznas de hierba, que ondeaban desde la raíz hasta la copa; guijarros redondos de piedra gris; vastas superficies rugosas de una textura fina y quebradiza; todo eso yacía en el camino del caracol entre un tallo y otro hacia su meta. Pero antes de que pudiera decidir si rodear o enfrentar la carpa arqueada que formaba una hoja seca, pasaron junto a la jardinera los pies de otros seres humanos.

Esta vez se trataba de dos hombres. El más joven tenía una expresión de calma tal vez antinatural; levantaba la mirada y la clavaba al frente, mientras que su compañero hablaba, y tan pronto como su compañero dejaba de hablar, miraba otra vez hacia el suelo y a veces abría los labios solo después de una larga pausa, y a veces no los abría en lo absoluto. El más viejo tenía una forma curiosamente torcida y temblorosa de andar, lanzando la mano hacia delante y levantando la cabeza de manera abrupta, casi como el impaciente caballo de un carruaje, cansado de esperar frente a una casa; pero en

aquel hombre esos gestos eran indecisos e inútiles. Hablaba casi sin cesar, sonreía para sí mismo y luego otra vez empezaba a hablar, como si la sonrisa hubiese sido una respuesta. Hablaba sobre espíritus, los espíritus de los muertos que, según él, estaban incluso en ese momento contándole toda clase de cosas raras sobre sus experiencias en el cielo.

—En la antigüedad, William, al cielo le decían Tesalia y ahora, con esta guerra, la sustancia espiritual ronda por entre las colinas como un trueno. —El hombre hizo una pausa, pareció escuchar, sonrió, sacudió la cabeza y continuó—: Entonces tienes una pequeña pila eléctrica y un trozo de caucho para aislar el cable —¿se dice aislar?—, bueno, vamos a saltarnos los detalles, no vale la pena entrar en detalles que no se van a entender... En resumen, el aparatico se instala en una posición conveniente junto a la cabecera de la cama, digamos que en una mesita de caoba, y una vez efectuados por mis hombres todos los arreglos necesarios, la viuda acerca la oreja e invoca al espíritu mediante una señal acordada. ¡Mujeres! ¡Viudas! Mujeres vestidas de negro...

Ahí pareció vislumbrar a lo lejos el vestido de una mujer que, en la sombra, parecía de un negro violáceo. Entonces se quitó el sombrero, se llevó la mano al corazón y se apresuró a acercársele, mientras balbuceaba y gesticulaba febrilmente. Pero William lo agarró de la manga y tocó una flor

con la punta del bastón, con el fin de desviar la atención del viejo. Después de mirar la flor por un momento, con gesto de confusión, el viejo inclinó la oreja hacia ella y pareció responderle a una voz que hablaba desde la flor, porque empezó a hablar sobre los bosques de Uruguay, país que había visitado hacía cientos de años en compañía de la jovencita más hermosa de Europa. Se le podía oír murmurando sobre los bosques de Uruguay, cubiertos por los pétalos de cera de rosas tropicales, sobre ruiseñores, playas marinas, sirenas y mujeres que se ahogaban en el mar, mientras se dejaba llevar por William, en cuyo rostro se observaba una expresión de estoica paciencia que lentamente se volvía cada vez más profunda.

Tan solo unos pasos atrás, siguiéndolos tan de cerca que se veían ligeramente intrigadas por los gestos del hombre, venían dos mujeres mayores de clase media baja, una corpulenta y torpe, de mejillas rosadas y ágil la otra. Como le sucede a la mayoría de las personas de su clase, las dos estaban absolutamente fascinadas al ver un signo de excentricidad que revelaba un desorden mental, en especial entre gente rica; pero estaban demasiado lejos para tener la certeza de que los gestos fueran un signo genuino de locura y no solo una muestra de excentricidad. Después de analizar en silencio la espalda del viejo durante un momento, y cruzarse una mirada extraña

y maliciosa, las mujeres siguieron su camino con decisión, mientras continuaban hilvanando su complicado diálogo:

—Nell, Bert, Lot, Cess, Phil, Pa, dice él, digo yo, dice ella, digo yo, digo yo, digo yo...

—Mi Bert, Sis, Bill, el abuelo, el viejo, azúcar, azúcar, harina, arenques, verduras, azúcar, azúcar, azúcar...

A través de la cascada de palabras, la mujer lenta y pesada contempló con una expresión curiosa las flores que permanecían frescas, firmes y erguidas en la tierra. Las contempló como mira un candelero de bronce que refleja la luz de forma inusual alguien que se está despertando de un pesado sueño y entonces cierra y abre los ojos, y al volver a ver el candelero por fin se despierta del todo y clava la mirada en este con todas sus fuerzas. De la misma manera, la mujer pesada se quedó inmóvil frente a la jardinera ovalada, e incluso dejó de fingir que estaba escuchando lo que la otra decía. Se quedó allí, dejando que las palabras resbalaran sobre ella, meciendo lentamente la parte superior del cuerpo hacia delante y hacia atrás, contemplando las flores. Luego sugirió que fueran a sentarse en algún lado para tomar el té.

Para entonces el caracol ya había considerado todos los métodos posibles de alcanzar su objetivo sin tener que rodear la hoja muerta o treparse a ella. Aparte del esfuerzo que necesitaría hacer para encaramarse a la hoja, no estaba seguro

de que la fina estructura que vibraba con semejante crujido cuando la rozaba incluso con la punta de sus cuernos pudiera soportar su peso; y esto lo decidió finalmente a arrastrarse por debajo de la hoja, pues había un punto en el que esta se arqueaba lo suficiente para que él cupiera. Acababa apenas de introducir la cabeza por la abertura, y estaba examinando el techo alto y marrón, y acostumbrándose a la luz fresca y terrosa, cuando otras dos personas pasaron allá afuera por el prado. Esta vez eran dos jóvenes, un hombre y una mujer. Los dos se hallaban en la flor de la juventud, o incluso en esa época que precede a la flor de la juventud, la etapa antes de que los suaves pliegues rosa de la flor hayan reventado su viscosa envoltura, cuando las alas de la mariposa, aunque totalmente desarrolladas, permanecen aún inmóviles bajo el sol.

—Por suerte hoy no es viernes —comentó él.

—¿Por qué? ¿Acaso eres supersticioso?

—La entrada cuesta seis peniques los viernes.

—Pero ¿qué son seis peniques, de todas maneras? ¿Acaso esto no vale seis peniques?

—¿Qué es “esto”? ¿A qué te refieres con “esto”?

—Ah, a lo que sea, quiero decir que... tú sabes a qué me refiero.

Largas pausas separaron cada uno de estos comentarios, proferidos por voces apagadas y monótonas. La pareja se quedó

quieta al borde de la jardinera, y juntos hundieron la punta del parasol de la muchacha en la tierra mullida. El gesto, y el hecho de que la mano de él descansara sobre la de ella, expresaban sus sentimientos de una manera extraña, así como aquellas breves e insignificantes palabras expresaban también algo, palabras de alas muy cortas para el pesado cuerpo de su significado, incapaces de llevarlos lejos, y que por eso se tropezaban con los objetos tan comunes que los rodeaban y que resultaban tan sólidos al tacto inexperto de los jóvenes. Pero ¿quién sabe (es lo que pensaban mientras hundían el parasol en la tierra) qué precipicios se hallan ocultos en ellas, o qué laderas de hielo no brillan al sol del otro lado? ¿Quién sabe? ¿Quién ha visto esto antes? Incluso cuando ella se preguntó qué clase de té servían en Kew, él sintió que algo se cernía tras las palabras de ella y permanecía inmenso y sólido tras ellas... Y entonces la neblina se levantó muy lentamente y reveló —ay, cielos, ¿qué eran esas formas?— pequeñas mesas blancas y meseras que la miraban primero a ella y luego a él, y también había una cuenta que él pagaría con una moneda real de dos chelines, y la moneda era real, completamente real, se decía él, mientras jugaba con la moneda entre el bolsillo, real para todos menos para él y para ella —incluso para él empezaba a parecer real— y luego... Pero era demasiado abrumador quedarse allí a pensar un poco más, así que sacó

el parasol de la tierra de un tirón y se mostró impaciente por encontrar el lugar donde se tomaba té con otras personas, igual que los demás.

—Ven, Trissie; es hora de nuestro té.

—¿Y dónde se toma el té? —preguntó ella con un extraño temblor de entusiasmo en la voz, mirando distraídamente a su alrededor y dejándose atraer hacia el sendero de césped, arrastrando el parasol y volteando la cabeza a un lado y otro, olvidándose del té, con deseos de ir por aquí y por allá, recordando orquídeas y grullas entre las flores salvajes, una pagoda china y un ave de cresta roja... pero él la arrastró hacia otra parte.

Y así una pareja tras otra, con más o menos el mismo movimiento irregular y sin rumbo, pasaban junto a la jardinera y quedaban envueltos en capas y capas de una bruma azul verdosa, en la cual al comienzo sus cuerpos tenían sustancia y un toque de color, pero luego tanto la sustancia como el color se disolvían en la atmósfera verdiazul. ¡Qué calor hacía! Hacía tanto calor que hasta el tordo prefirió brincar, como un pájaro mecánico, a la sombra de las flores, haciendo largas pausas entre un movimiento y el siguiente; y las mariposas blancas, en lugar de revolotear sin rumbo, danzaban una sobre la otra, dibujando con sus móviles laminillas blancas el contorno de una derruida columna de mármol por encima

de las flores más altas; y los techos de cristal del invernadero de las palmeras brillaban como si se hubiese desplegado bajo el sol todo un mercado de resplandecientes sombrillas verdes, y la voz del cielo de verano murmurara, en medio del zumbido del aeroplano, su poderosa alma. Formas amarillas y negras, rosas y blancas como la nieve, figuras de todos esos colores, hombres, mujeres y niños se divisaban por un segundo en el horizonte, y luego, al ver el espacio amarillo que cubría la hierba, flaqueaban y buscaban refugio bajo los árboles, disolviéndose como gotas de agua en la atmósfera amarilla y verde, manchándola tenuemente de rojo y azul. Parecía como si todos los cuerpos gordos y pesados hubiesen sucumbido en medio del calor sin oponer resistencia y yacieran amontonados en el suelo, mientras sus voces se alejaban de ellos titubeando, como si fueran llamas que se elevaban perezosamente de los gruesos cuerpos de cera de un montón de cirios. Voces. Sí, voces. Voces sin palabras que rompían de pronto el silencio con una alegría tan profunda, con tanta pasión por el deseo, o tanta frescura ante la sorpresa, en las voces de los niños... ¿que rompían el silencio? Pero si no había ningún silencio: los autobuses maniobraban todo el tiempo sus volantes y cambiaban de velocidad; la ciudad murmuraba, como un gran nido de cajas chinas, todas de hierro forjado, que giran

incesantemente una dentro de la otra, y encima de todo, las voces gritaban y los pétalos de miríadas de flores proyectaban sus colores al aire.

OBJETOS SÓLIDOS

LO ÚNICO QUE SE MOVÍA EN EL VASTO SEMICÍRCULO de la playa era una pequeña mancha negra. A medida que se acercaba al costillar y la espina dorsal del barco sardinero varado, se volvió evidente, gracias a una cierta dilución de su negrura, que la mancha en cuestión poseía cuatro piernas; y con cada momento que pasaba, se hacía más claro que la mancha estaba compuesta por la figura de dos hombres jóvenes. Aun desde lejos, en la mera silueta recortada contra la arena, se podía apreciar una inconfundible vitalidad en ellos; un indescriptible vigor en la forma como los cuerpos se acercaban y se alejaban, en un movimiento que, aunque leve, revelaba una violenta discusión que brotaba de las bocas diminutas de sus cabezas pequeñas y redondas. Al observar con más atención, esto quedaba corroborado por los repetidos movimientos de un bastón por el lado derecho. “¿Entonces me estás diciendo

que... ¿De verdad crees que...?”, así parecía afirmar el bastón que se sacudía por la derecha, del lado de las olas, mientras trazaba largas rayas sobre la arena.

“¡Al diablo con la política!”, fueron las palabras que brotaron claramente del cuerpo de la izquierda y, mientras eran pronunciadas, las bocas, las narices, los mentones, los bigotitos, las gorras de paño, las botas de cuero, las chaquetas de cacería y las medias de rombos de los dos hablantes se volvieron cada vez más nítidas; el humo de sus pipas se elevaba en el aire; nada era tan sólido, tan vivo, tan duro, rojo, hirsuto y viril como estos dos cuerpos en kilómetros y kilómetros de mar y dunas de arena.

Se sentaron junto a las seis costillas y el lomo del barco sardinero negro. Ya saben la forma en que el cuerpo parece sacarse de encima una discusión y disculparse por la exaltación; echándose en algún lado y expresando con la laxitud de su postura la disposición a empezar algo nuevo, lo que sea que encuentre a mano. De modo que Charles, cuyo bastón había estado lacerando la playa a lo largo de medio kilómetro o más, comenzó a lanzar al agua trozos planos de pizarra tratando de que brincaran varias veces antes de hundirse, y John, que había exclamado aquello de “¡Al diablo con la política!”, empezó a hurgar con los dedos en la arena. A medida que su mano se hundía cada vez más profundamente,

más allá de la muñeca —tanto que tuvo que subirse un poco más la manga—, sus ojos perdieron la intensidad o, mejor, el trasfondo de pensamiento y experiencia que les confiere esa profundidad inescrutable a los ojos de los adultos desapareció por completo, dejando solo la superficie clara y transparente, que no expresa más que asombro, característica de los ojos de los niños pequeños. No cabe duda de que el acto de escarbar en la arena tenía algo que ver con eso. John recordó que, después de cavar un rato, el agua rezuma en torno a los dedos y el agujero se vuelve, entonces, un foso, un pozo, un manantial, un canal secreto hacia el mar. Y mientras decidía cuál de estas cosas hacer, sin dejar de mover los dedos entre el agua, estos se cerraron alrededor de algo duro —un buen trozo de algo sólido— y poco a poco desprendieron un objeto irregular, que sacaron a la superficie. Después de limpiar la capa de arena que lo cubría, apareció un color verde. Era un trozo de vidrio, tan grueso que era casi opaco; la fricción del mar había borrado cualquier rastro de borde o forma, de modo que era imposible decir si había sido botella, vaso o ventana; no era más que un trozo de vidrio; era casi una piedra preciosa. Solo habría que engastarlo en un aro de oro, o perforarlo con un alambre, y se volvería una joya; parte de un collar o un destello verde mate sobre un dedo. Tal vez, a fin de cuentas, sí era realmente una gema, algo que usaría una

princesa misteriosa que deslizara su dedo en el agua, mientras se sentaba en la popa del bote y escuchaba cantar a los esclavos que remaban para llevarla hasta el otro lado de la bahía. O quizás las paredes de roble de un cofre isabelino sumergido y repleto de tesoros habrían terminado por ceder y, después de rodar y rodar, sus esmeraldas habían llegado por fin hasta la playa. John le dio vueltas entre sus manos; lo levantó para mirarlo a contraluz; lo sostuvo de tal forma que su masa irregular tapó momentáneamente el cuerpo y el brazo derecho extendido de su amigo. El color verde se atenuaba o se intensificaba ligeramente según lo dirigía hacia el cielo o hacia el cuerpo. Eso le gustó y le intrigó; era un objeto duro, compacto y definido, comparado con la vaguedad del mar y la playa brumosa.

Entonces lo sorprendió un suspiro, un suspiro profundo, categórico, que lo hizo cobrar conciencia de que su amigo Charles ya había arrojado todas las piedras planas que había encontrado a su alcance, o había llegado a la conclusión de que no valía la pena arrojarlas. Se comieron sus emparedados uno junto al otro. Después de terminar, cuando estaban poniéndose de pie y sacudiéndose la arena, John tomó el trozo de vidrio y lo observó en silencio. Charles también lo miró. Pero al ver de inmediato que no era plano, empezó a rellenar su pipa mientras decía, con la energía con que se desecha una idea absurda:

—Volviendo a lo que estaba diciendo...

Charles no vio —y si lo hubiera visto apenas se habría dado cuenta— que, después de mirar el fragmento por un momento, como si vacilara, John lo metió en su bolsillo. Ese impulso, también, podría haber sido el mismo que empuja a un chiquillo a recoger un guijarro en un sendero lleno de piedras, para prometerle una vida de calor y seguridad sobre la repisa de la chimenea de su cuarto, mientras se deleita con la sensación de poder y bondad que dispensa un acto como este, convencido de que el corazón de la piedra late de felicidad cuando se siente elegida entre un millón de piedras como ella, para disfrutar de esa dicha en vez de pasar toda una vida de frío y humedad sobre el camino. “¡Fácilmente podría haber sido cualquier otra de los millones de piedras, pero fui yo, yo, yo!”

Independientemente de que este pensamiento cruzara o no por la cabeza de John, el trozo de vidrio recibió su lugar sobre la repisa de la chimenea, donde reposaba de manera contundente encima de una pequeña pila de facturas y cartas, y no solo servía como un excelente pisapapeles sino también como el sitio en el que los ojos del joven se posaban de manera natural cuando se desviaban de la lectura. Al ser observado una y otra vez, de manera semiconsciente, mientras estamos pensando en algo más, cualquier objeto se mezcla tan profundamente con la sustancia de la que están hechos

los pensamientos que pierde su forma y se recompone, de un modo un poco distinto, hasta adquirir un aspecto ideal que asalta nuestra mente cuando menos lo esperamos. Fue así como John empezó a sentirse atraído por las vitrinas de las tiendas de regalos que encontraba durante sus paseos, solo porque veía algo que le recordaba el trozo de vidrio. Algo, cualquier cosa, con tal de que fuera un objeto más o menos redondo, tal vez con una llama moribunda escondida en el fondo de su masa, cualquier cosa —porcelana, vidrio, ámbar, piedra, mármol—, hasta el suave huevo curvado de un ave prehistórica podía llamar su atención. También adquirió la costumbre de mantener los ojos clavados al suelo, en especial cuando pasaba cerca de los baldíos a los que iban a parar los residuos de los hogares. Era frecuente encontrar allí objetos así, tirados, inservibles, sin forma, desechados. En pocos meses ya había recogido cuatro o cinco especímenes que ocuparon de igual modo un lugar sobre la repisa de la chimenea. También le resultaban útiles, pues un hombre que se está postulando al Parlamento, a punto de iniciar una brillante carrera, tiene cualquier cantidad de papeles que debe mantener en orden: direcciones de electores, propuestas de políticas, pedidos de donaciones, invitaciones a cenar y otros por el estilo.

Un día, al salir de sus oficinas en Temple para tomar un tren con el fin de reunirse con sus electores, sus ojos se posaron

en un singular objeto que yacía, medio escondido, en una de esas delgadas franjas de césped que bordean los cimientos de los inmensos edificios judiciales. Solo podía tocarlo con la punta del bastón a través de las rejas, pero alcanzaba a ver que se trataba de un trozo de porcelana de una forma sumamente llamativa, más parecido a una estrella de mar que a cualquier otra cosa: tallado, o roto accidentalmente, de manera que tenía cinco puntas irregulares pero inconfundibles. Aunque predominaba el color azul, este estaba cubierto por una especie de rayas o vetas verdes, y unas líneas de color carmesí le daban una exuberancia y un brillo de lo más atractivo. John estaba decidido a recogerlo y guardárselo, pero cuanto más trataba de alcanzarlo, más se alejaba este. Al final se vio obligado a regresar a sus oficinas e ingeniarse un aro de alambre que adaptó a la punta del bastón y con el cual, gracias a un gran cuidado y habilidad, por fin logró acercar el trozo de porcelana hasta dejarlo al alcance de sus manos. Cuando lo agarró, soltó una exclamación de triunfo. En ese momento sonó el reloj. Ya era imposible que llegara a su cita. La reunión se realizaría sin él. Pero ¿cómo se habría roto esta pieza de porcelana para adquirir esa forma tan prodigiosa? Un cuidadoso examen lo convenció de que la forma de estrella era accidental, lo cual hacía que todo se volviera más extraño, y parecía muy poco probable que existiese otro trozo como ese.

Instalado en un lado de la repisa, al otro extremo del trozo de vidrio que había sacado de la arena, parecía una criatura de otro mundo: estrafalario y fantástico como un arlequín. Parecía hacer piruetas en el espacio, titilando como una estrella intermitente. El contraste entre la porcelana tan vívida y alerta, y el vidrio, tan inexpresivo y contemplativo, le fascinaba y, asombrado e intrigado, se preguntó cómo era posible que los dos existieran en el mismo mundo, más aún, que los dos reposaran sobre el mismo listón de mármol, en el mismo salón. La pregunta quedó sin respuesta.

Empezó entonces a explorar las zonas en las que era más probable hallar objetos de porcelana rotos, como los baldíos aledaños a los ferrocarriles, los lugares en los que se había demolido alguna casa y los parques de los alrededores de Londres. Pero es raro arrojar una pieza de porcelana desde una gran altura; ese es uno de los actos humanos más extraños. Hay que encontrar un sitio en el que confluyan una casa muy alta y una mujer tan temerariamente impulsiva y apasionadamente recelosa como para arrojar sus vasijas o sus floreros por la ventana, sin pensar en quién pueda estar debajo. Era posible encontrar muchos objetos de porcelana rotos, pero que se habían roto en un tonto accidente doméstico, sin propósito ni carácter. No obstante, en la medida en la que empezó a ahondar más en el tema, John no dejaba de

asombrarse ante la inmensa variedad de formas que se podían encontrar solo en Londres, y se maravillaba todavía más al especular sobre las diferentes calidades y diseños. Llevaba a casa los mejores especímenes y los colocaba sobre la repisa de la chimenea, donde, sin embargo, su función se volvía cada vez más ornamental, pues los papeles que necesitaban ser mantenidos en orden se volvían cada vez más escasos.

John descuidó sus deberes, o los cumplía de manera distraída, o tal vez, cuando sus electores lo visitaban, salían desfavorablemente impresionados con el estado de la repisa de su chimenea. El caso es que no fue elegido para representarlos en el Parlamento, y cuando su amigo Charles, muy preocupado por el asunto, fue a ofrecerle sus condolencias, lo encontró tan poco abatido por el desastre que solo pudo suponer que se trataba de un asunto demasiado grave para lograr entenderlo con una sola visita.

La verdad es que John había estado ese día en el parque de Barnes y, bajo un retamo espinoso, había encontrado un fragmento de hierro muy interesante. Era casi idéntico al trozo de vidrio en cuanto a la forma, grande y esférico, pero tan frío y pesado, tan negro y metálico, que evidentemente era ajeno a la Tierra y provenía de una estrella muerta o era en sí mismo el residuo de un satélite. El fragmento ejercía un peso enorme en su bolsillo; ejercía un peso enorme sobre la

repisa e irradiaba frío. Y, sin embargo, el meteorito reposaba sobre el mismo listón de mármol, junto al trozo de vidrio y el pedazo de porcelana en forma de estrella.

Cuando sus ojos pasaban de uno a otro, la determinación de poseer objetos que superaran incluso a estos atormentaba al joven. Entonces se dedicó a la búsqueda de manera cada vez más decidida. Si no estuviera tan consumido por la ambición y convencido de que algún día un basurero recién descubierto lo iba a recompensar, las decepciones que había sufrido, por no hablar de la fatiga y las burlas, lo habrían hecho renunciar a su empeño. Armado con una bolsa y una vara larga acondicionada con un gancho ajustable, revolvió todos los depósitos de tierra; rastrillaba bajo marañas macizas de matorrales; hurgaba en todos los callejones y las rendijas en las que había aprendido que podía encontrar objetos desechados de ese tipo. A medida que sus estándares se fueron volviendo más altos y su gusto más minucioso, las decepciones se volvieron innumerables, pero siempre había un rayo de esperanza, algún trozo de porcelana o vidrio curiosamente marcado o partido, que lo incitaba a seguir. Así pasaron los días y John dejó de ser joven. Su carrera —nos referimos a su carrera política— quedó en el olvido. La gente dejó de visitarlo. Se volvió demasiado taciturno como para que valiera la pena invitarlo a cenar. Nunca hablaba con nadie sobre sus

grandes ambiciones; a juzgar por la forma en que se comportaban, era evidente que no lo entendían.

Entonces se recostó en su sillón y observó a Charles mientras levantaba las piedras de la repisa una docena de veces y volvía a ponerlas de manera enfática sobre el mármol —para marcar sus opiniones sobre la conducta del gobierno—, pero sin reparar ni una sola vez en la existencia de las piedras.

—¿Qué fue realmente lo que pasó, John? —preguntó Charles de repente, al tiempo que se volvía hacia su amigo y lo miraba de frente—. ¿Qué fue lo que te hizo renunciar de esa manera de un momento a otro?

—Yo no he renunciado —contestó John.

—Pero ya no tienes ni la menor posibilidad —dijo Charles bruscamente.

—Pues no estoy de acuerdo contigo en eso —replicó John con convicción. Charles lo miró y se sintió profundamente incómodo; se hallaba asaltado por las dudas más extraordinarias; tenía la peculiar impresión de que estaban hablando sobre cosas distintas. Así que miró a su alrededor para encontrar algún alivio a su horrible sentimiento de depresión, pero la apariencia desordenada de la habitación terminó por deprimirlo todavía más. ¿Qué eran esa vara y esa bolsa de tela vieja que colgaban de la pared? Y luego, ¿qué eran todas esas piedras? Al mirar a John, advirtió en su expresión algo fijo y

lejano que lo alarmó. Tuvo la certeza de que el mero aspecto de este hombre hacía imposible su aparición sobre una tarima.

—Bonitas piedras —dijo de la manera más despreocupada que pudo y, alegando que tenía otra cita, se despidió de John... para siempre.

UNA NOVELA NO ESCRITA

SEMEJANTE EXPRESIÓN DE INFELICIDAD justificaba por sí sola que uno deslizara los ojos por el borde del periódico para fijarse en el rostro de aquella pobre mujer; una mujer insignificante de no ser por esa apariencia, que gracias a ella era casi un símbolo del destino humano. La vida es lo que vemos en los ojos de la gente; la vida es lo que la gente aprende y, después de haberlo aprendido, nunca puede desconocer, por más que trate de ocultarlo. ¿Qué? Que la vida es así, según parece. Cinco caras delante —cinco rostros adultos— y el conocimiento en cada una de ellas. Es extraño, sin embargo, ¡lo mucho que la gente quiere esconderlo! Señales de desconfianza en todos esos rostros: labios apretados, ojos entrecerrados, cada uno de los cinco haciendo algo para ocultar o suprimir su conocimiento. Uno fuma, otro lee, un tercero revisa anotaciones en un librito, un cuarto observa

fijamente el mapa de la línea férrea que tiene enfrente, y la quinta, lo terrible de la quinta es que no hace absolutamente nada. Solo mira la vida. Ah, pero mi pobre y desgraciada mujer, por favor juega la partida, trata, por el bien de todos, ¡de esconderlo!

Como si me hubiera oído, ella levantó la mirada, se rebulló un poco en el asiento y suspiró. Parecía disculparse y, al mismo tiempo, decirme: “¡Si usted supiera!”. Luego volvió a observar la vida. “Pero si yo sé”, respondí mentalmente, mientras miraba de reojo el *Times* para no parecer grosera. “Yo lo sé todo. ‘Se anuncia oficialmente ayer en París la paz entre Alemania y los Aliados - El signor Nitti, primer ministro italiano - Colisión entre un tren de pasajeros y un tren de carga en Doncaster...’ Todos sabemos —el *Times* sabe—, pero fingimos no saber”. Mis ojos habían vuelto a reptar una vez más sobre el borde del periódico. Ella se estremeció, torció el brazo de manera extraña para llevárselo al centro de la espalda y movió la cabeza de un lado a otro. De nuevo, me sumergí en mi gran estanque de vida. “Toma lo que desees”, seguí diciendo, “nacimientos, muertes, matrimonios, la Circular de la Corte¹, los hábitos de las aves, Leonardo da Vinci, el crimen

1 Se refiere al boletín oficial que envía todos los días la monarquía británica a la prensa para informar sobre las actividades realizadas por la realeza el día anterior [N. de la Trad.]

ocurrido en los montes de arena cerca de Blackpool, salarios altos y el costo de vida... ah, toma lo que quieras”, repetí, “¡todo está en el *Times!*”. De nuevo, ella movió la cabeza de un lado a otro con un cansancio infinito hasta que, como un trompo exhausto de dar vueltas, la cabeza reposó por fin sobre el cuello.

El *Times* no logró protegerme de una aflicción como la de ella, pero la presencia de otros seres humanos impedía entablar una conversación. Lo mejor que se podía hacer contra la vida era doblar el periódico hasta que formara un rectángulo perfecto, crujiente, grueso, impenetrable incluso a la vida. Una vez hecho esto, levanté la mirada rápidamente, armada con mi propio escudo. Pero ella atravesó mi escudo; clavó sus ojos en los míos, como si buscara en las profundidades de estos algún residuo de coraje que pudiera humedecer para convertirlo en arcilla. Pero su solo estremecimiento negó toda esperanza, dispó toda ilusión.

Y así seguimos traqueteando a lo largo de Surrey y entramos a Sussex. Pero por tener los ojos clavados en la vida, no me di cuenta de que los otros pasajeros se habían ido bajando, uno por uno, hasta que solo quedamos ella y yo, y el hombre que leía. Era la estación Three Bridges. Nos acercamos lentamente a la plataforma y nos detuvimos. ¿Nos abandonaría el hombre? Recé para que pasara una cosa o la otra, al

final recé para que se quedara. En ese instante se puso de pie, arrugó el periódico con desprecio, como si fuera una cosa ya inservible, abrió la puerta con brusquedad y nos dejó solas.

Inclinándose un poco hacia delante, la desdichada mujer se dirigió a mí, modesta y tediosamente: habló de estaciones y de vacaciones, de hermanos en Eastbourne y de la época del año, que era, ya no recuerdo, si comienzos o finales. Pero cuando por fin despegó los ojos de la ventana y vio, yo lo sabía, tan solo la vida, ella susurró:

—La lejanía, esa es la desventaja de... —Ah, nos aproximábamos a la catástrofe—. Mi cuñada... —La amargura de su tono era como limón sobre acero helado y, hablando no conmigo sino para sí misma, murmuró—: Tonterías, diría ella, es lo que dice todo el mundo... —Y mientras hablaba, se movía nerviosamente, como si la piel de su espalda fuese la de un pollo desplumado en la vitrina de una carnicería.

—¡Ah, esa estúpida! —exclamó nerviosamente y de pronto se quedó callada, como si la enorme y estúpida vaca que pastaba en la pradera la hubiera alertado y la hubiera salvado de soltar una indiscreción. Luego se estremeció y enseguida hizo el mismo extraño movimiento de torsión que le había visto hacer antes, como si, después del espasmo, le ardiera o le picara un punto entre los hombros. Después volvió a verse de nuevo como la mujer más infeliz del mundo, y yo volví a

reprochárselo, aunque no con la misma convicción, porque si había una razón, y si yo supiera la razón, desaparecería el estigma de la vida.

—¡Las cuñadas! —dije.

Ella frunció los labios, como si fuera a escupir veneno al oír esa palabra, y los dejó fruncidos. Pero lo único que hizo fue tomar su guante y restregar una mancha en el vidrio de la ventana. Lo restregó como quien quiere quitar algo para siempre: una imperfección, una impureza indeleble. De hecho, la mancha permaneció intacta a pesar de la fricción, y la mujer volvió a hundirse en el asiento, con el mismo estremecimiento y la torsión del brazo que yo ya esperaba. Algo me impulsó a tomar mi guante y frotar mi ventana. Ahí también había una manchita en el vidrio, que permaneció intacta a pesar de mis esfuerzos. Y luego fui yo quien sintió el espasmo, y doblé el brazo y me rasqué el centro de la espalda. Mi piel, también, se sintió como la piel húmeda de un pollo en la vitrina de la carnicería; un punto entre los hombros ardía y picaba, y se sentía pegajoso y adolorido. ¿Podría llegar hasta él? Subrepticamente, traté de alcanzarlo. Entonces ella me vio y una sonrisa de infinita ironía, de infinita congoja, cruzó fugazmente por su cara. Pero ella se había comunicado, había compartido su secreto, había pasado su veneno; ya no hablaría más. Recostándome en mi esquina, ocultando mis

ojos de los suyos, observando solamente las colinas y los valles, grises y púrpuras, del paisaje invernal, capté su mensaje, descifré su secreto, lo leí en su mirada.

Hilda es la cuñada. ¿Hilda? ¿Hilda? Hilda Marsh: Hilda la enérgica, la pechugona, la matrona. Hilda espera en la puerta con una moneda en la mano, mientras el taxi se acerca. “Pobre Minnie, más pobre que nunca, el mismo abrigo que tenía el año pasado. Bueno, bueno, con dos hijos, en estos tiempos, no se puede hacer nada más. No, Minnie, yo pago; aquí tiene, señor... nada de remilgos conmigo. Sigue, Minnie. Ay, si podría alzarte a ti, ¡cómo no voy a poder con tu canasta!”. Y así entran al comedor. “Llegó la tía Minnie, niños”.

Lentamente, cuchillos y tenedores descienden en vertical. Ellos se levantan (Bob y Bárbara), tienden la mano de manera rígida, luego vuelven a sus asientos y siguen mirando fijamente entre bocado y bocado. [Pero esto nos lo vamos a saltar: adornos, cortinas, la vajilla de tréboles, rectángulos amarillos de queso, cuadrados blancos de pan —saltar—, ah, ¡pero un momento! A mitad del almuerzo, uno de esos espasmos; Bob se queda mirándola, con la cuchara entre la boca. “Sigue con tu postre, Bob”; pero a Hilda le parece mal, “¿Por qué se tiene que retorcer así?”. Saltar, saltar, hasta que llegamos al rellano del piso superior; escaleras con barandas de bronce; piso de linóleo gastado; ah, ¡sí!, el cuartico que da sobre los tejados

de Eastbourne: tejados que zigzaguean como los cuernos de las orugas, para allá, para acá, con rayas rojas y amarillas, y tejas negro azuladas]. Bueno, Minnie, la puerta se cierra; Hilda desciende pesadamente hacia el sótano; tú sueltas las correas de tu canasta, tiendes sobre la cama un modesto camisón, al lado, un par de pantuflas forradas en piel. El espejo... no, evitas el espejo. Dispones metódicamente los alfileres del sombrero. ¿Será que la cajita de nácar tiene algo adentro? La sacudes; es el mismo broche de perla que estaba ahí el año pasado; es todo. Y luego resoplar, suspirar, sentarse junto a la ventana. Son las tres en punto de una tarde de diciembre; está llovisnando; se ve un resplandor por el tragaluz de una gran tienda de cortinas; otra luz más fuerte en la habitación de una criada; esta última se apaga. Eso la deja sin nada que mirar. Un momento de vacío, luego, ¿en qué estás pensando? (Permítanme espiarla allá enfrente; está dormida o finge que duerme; entonces, ¿en qué pensará sentada junto a la ventana a las tres de la tarde? ¿Salud, dinero, cuentas, su Dios?) Sí, sentada en el borde de la silla, contemplando desde arriba los techos de Eastbourne, Minnie Marsh le reza a Dios. Eso está muy bien; y tal vez también restriegue la ventana, como para ver mejor a Dios; pero ¿qué Dios ve ella? ¿Quién es el Dios de Minnie Marsh, el Dios de las callecitas de Eastbourne, el Dios de las tres de la tarde? Yo también veo los tejados, veo

el cielo; pero, ay, caramba, ¡eso de ver dioses! Se parece más al presidente Kruger que al príncipe Alberto² —es lo mejor que puedo hacer por él— y lo veo en una silla, con una levita negra, pero tampoco tan arriba; logro imaginar una o dos nubes para que se siente, y luego su mano, que se ve un poco detrás entre la nube, sostiene un bastón de mando, ¿o es un garrote? Negro, grueso, con púas. ¡El Dios de Minnie es un viejo bravucón! ¿Acaso fue él el que le mandó el picor, el rubor y la contorsión? ¿Esa es la razón por la que ella reza? Lo que restriega en la ventana es la mancha del pecado. ¡Ay, Minnie cometió un delito!

Tengo mi propio surtido de delitos. Los bosques revolotean y huyen; en verano hay campanillas; y en ese claro de allá, cuando llegue la primavera, habrá primulas. Una separación, ¿podría ser? ¿Hace veinte años? ¿Una promesa incumplida? ¡Pero no fue Minnie quien incumplió! Ella era fiel. ¡Cómo cuidó a su madre! Todos sus ahorros en el sepulcro: coronas bajo el vidrio, narcisos en los jarrones. Pero divago... Un delito... Ellos dirían que se aferró a su pena, que ocultó su secreto —su sexo, dirían ellos, los científicos—, pero ¡qué tontería

2 Se refiere al presidente Paul Kruger, líder político de los bóeres o colonos de origen holandés que vivían en Sudáfrica y se enfrentaron al Imperio británico por el control de su territorio en las guerras de los bóeres (1881 y 1899-1902). Su apariencia, de pelo y barba blancos, levita y sombrero de copa, contrasta con la del príncipe Alberto, el esposo de la reina Victoria. [N. de la trad.]

achacarle eso del sexo! No... más bien algo así: caminando por las calles de Croydon, hace veinte años, los rizos violetas de la cinta que adorna la vitrina de una mercería destellan con la luz eléctrica y llaman su atención. Ella se entretiene un rato, son más de las seis. Si corre, todavía alcanzará a llegar a tiempo. Empuja la puerta giratoria de vidrio. Hay descuentos. Muchas bandejas rebosantes de cintas. Ella se detiene, toma esta, acaricia aquella con rosas; no tiene que elegir, no tiene que comprar y cada bandeja esconde una sorpresa. “Cerramos a las siete”, y de pronto son las siete. Ella corre, se apresura, llega a casa, pero es demasiado tarde. Los vecinos, el médico, el hermanito, la jarra de agua hirviendo, quemado, el hospital, está muerto. ¿O es solo el impacto, la culpa? Ah, ¡pero los detalles no importan! Lo importante es lo que ella lleva adentro; la mancha, el delito, lo que debe expiar, siempre ahí entre sus hombros. “Sí”, parece asentir con la cabeza mientras me mira, “es lo que hice”.

Si lo hiciste, o lo que hiciste, no me importa; eso no es lo que quiero. La vitrina de la mercería enmarcada en violeta, eso servirá. Un poco prosaico, tal vez, un poco corriente, habiendo tantos delitos de dónde escoger, pero es que muchos... (déjenme espiarla otra vez: todavía duerme —¡o finge que duerme!—, pálida, agotada, la boca cerrada —una señal de terquedad, más de lo que uno esperaría—, ni rastros de sexo)...

muchos delitos no son tu delito. Tu delito fue una tontería, solo el castigo es solemne... porque ahora se abre la puerta de la iglesia, y ella se sienta en una dura banca de madera, y luego se arrodilla en las baldosas color marrón, y cada día, en invierno, en verano, al atardecer, al amanecer (¡mírenla ahí!), ella reza. Todos sus pecados caen, caen, caen para siempre. La mancha los recibe y se inflama, y se pone roja y arde. Luego ella se retuerce. Los niños señalan con el dedo —“Bob hoy, al almuerzo”—, pero las ancianas son las peores.

En efecto, ya no puedes seguir rezando. Kruger ha desaparecido detrás de las nubes, como velado por un pincelazo gris al cual el pintor le ha añadido un toque de negro. Hasta la punta del garrote ha desaparecido. ¡Eso es lo que siempre ocurre! Tan pronto lo ves, tan pronto lo sientes, alguien interrumpe. Ahora es Hilda.

¡Cuánto la odias! Ella cierra con llave incluso la puerta del baño por las noches, esa también, aunque lo único que quieres es agua fría, y a veces, cuando la noche ha sido mala, parece como si bañarse ayudara. Y John en el desayuno, los niños, las comidas son lo peor, y a veces hay amigos —los helchos no alcanzan a ocultarlos del todo— y ellos también lo presienten. Así que sales a la costa, donde las olas son grises, y los periódicos vuelan con el viento, y los refugios de cristal se han vuelto verdes y son helados, y las sillas cuestan dos

centavos —demasiado—, porque debe de haber predicadores en la playa. Ah, ahí hay un negro, y ahí, un hombre extraño, y allá, otro con unos pericos, ¡pobres criaturitas! ¿Es que no hay nadie aquí que piense en Dios? Justo allá arriba, sobre el muelle, con su garrote. Pero no. No hay nada más en el cielo que ese gris, o si es azul, las nubes blancas lo ocultan. Y la música, es música militar. ¿Y qué están pescando aquellos? ¿Sí atrapan algo? ¡Cómo miran los niños! Y bien, luego de regreso a casa, “¡de regreso a casa!”. Las palabras tienen sentido, tal vez las dijo el viejo de los bigotes... No, no, en realidad él no habló. Pero todo tiene sentido: los carteles contra las puertas, los avisos sobre las vitrinas, las frutas rojas en las canastas, las cabezas de mujer donde los peluqueros, todo dice “¡Minnie Marsh!”. Pero de repente un tirón. “¡Los huevos son más baratos!” ¡Eso es lo que siempre pasa! La estaba llevando al abismo, directamente a la locura, cuando, como un rebaño de ovejas soñadas, ella gira en otro sentido y se escapa por entre mis dedos. Los huevos son más baratos. Atada a las orillas del mundo, no hay ningún delito, ninguna pena, ninguna felicidad, ni ninguna locura para la pobre Minnie Marsh: nunca tarde para almorzar, nunca en medio de una tormenta sin impermeable, nunca totalmente ignorante del irrisorio precio de los huevos. Así que llega a casa y cepilla sus botas.

¿Te he entendido bien? Pero el rostro humano, el rostro humano que asoma por encima de la hoja impresa, contiene más, esconde más. Y ahora, con los ojos abiertos, ella observa; y en el ojo humano —¿cómo definirlo?— hay una ruptura, una división, como cuando acabas de asir el tallo y la mariposa se escapa, la polilla que gravita en la noche sobre la flor amarilla. Muévete, levanta la mano, fuera, hacia lo alto, lejos. Pero no voy a levantar la mano. Entonces quédate quieto, temblor, vida, alma, espíritu, lo que seas de Minnie Marsh. Yo, igual, en mi flor —el halcón sobre la colina— sola, ¿o cuál sería el valor de la vida? Elevarse; quedarse quieto en la noche, a mediodía; quedarse quieto sobre la colina. El aleteo de una mano —¡fuera, hacia lo alto!—, luego, suspendido de nuevo. Solo, invisible; viendo todo tan quieto allá abajo, todo tan hermoso. Sin que nadie vea, sin que a nadie le importe. Los ojos de los demás son nuestra prisión; sus pensamientos, nuestras jaulas. Aire por encima, aire por debajo. Y la luna y la inmortalidad... ¡Ay, pero caigo al suelo! ¿Tú también estás abajo? Tú, allá en la esquina. ¿Cómo te llamas? Mujer, Minnie Marsh, ¿o algún nombre parecido? Ahí está, pegada a su flor; abriendo su bolso, del que saca un cascarón, un huevo. ¿Quién estaba diciendo que los huevos eran más baratos? ¿Tú o yo? Ah, fuiste tú quien lo dijo, camino a casa, ¿recuerdas? Cuando ese caballero viejo abrió de repente su sombrilla, ¿o fue que

estornudó? En todo caso, Kruger se fue y tú empezaste a “regresar a casa”, y cepillaste tus botas. Sí. Y ahora tiendes sobre tus rodillas un pañuelo al que arrojas diminutos fragmentos puntiagudos de cáscara de huevo —fragmentos de un mapa—, un rompecabezas. ¡Cómo quisiera armarlo! Si solo te quedaras quieta. Ella ha movido las rodillas, el mapa está otra vez desarmado. Por las faldas de los Andes, los bloques de mármol blanco van saltando y despeñándose, aplastando para siempre a todo un ejército de arrieros españoles, junto con su carga, el botín de Drake, oro y plata. Pero regresemos...

¿A qué? ¿A dónde? Ella abrió la puerta y, después de poner la sombrilla en el paragüero... El resto ya se sabe, lo mismo que el olorcillo a carne que llega del sótano, punto, punto, punto, pero lo que no puedo eliminar así, lo que debo atacar y dispersar —con la cabeza gacha, los ojos cerrados, el coraje de un batallón y la ceguera de un toro— son, indudablemente, las figuras tras los helechos, los pasajeros que viajaban por trabajo. Los he ocultado ahí todo este tiempo con la esperanza de que desaparecieran de alguna forma de la historia, o, mejor aún, de que surgieran —como en efecto deben hacerlo, si quiero que la historia se vuelva más rica y más redonda, que acumule más destino y tragedia, como deben hacerlo las historias—, para incluir a dos, si no a tres, de esos pasajeros y todo un seto de aspidistras. “Las frondas de

la aspidistra solo escondían parcialmente al pasajero que viajaba por negocios...” Las azaleas lo ocultarían por completo y, además, me deleitarían con su rojo y blanco —placer que ansío y busco—, pero ¿azaleas en Eastbourne, en diciembre, en la mesa de los Marsh? No, no, no me atrevo. Allí todo son cortezas de pan y vinagreras, adornos y helechos. Tal vez más tarde haya un momento junto al mar. Más aún, al abrir alegremente algunos agujeros en aquel calado verde y asomarme por encima de la fortaleza de cristal tallado, siento un deseo de examinar y espiar al hombre de enfrente —uno es todo lo que puedo manejar—. James Moggridge, ¿no? ¿Al que los Marsh le dicen Jimmy? [Minnie, tienes que prometer no retorcerte hasta que aclare esto]. James Moggridge vende... —¿podríamos decir botones?—, pero todavía no es momento para hablar de ellos —los grandes y los pequeños, sobre aquellas largas tarjetas; algunos como ojos de pavo real, otros, dorado opaco; cuarzos ahumados algunos, y otros, rayos de coral—, pero digo que no hay tiempo para eso. Él es agente viajero y los jueves, su día en Eastbourne, almuerza en casa de los Marsh. Su cara roja, su ojitos fijos —en modo alguno ordinarios—, su enorme apetito (eso es una garantía; no mirará a Minnie hasta que el pan haya absorbido toda la salsa), la servilleta colgando del cuello en forma de rombo —pero eso es poco sofisticado e, independientemente de lo que piense

el lector, a mí no me engaña—. Escapémonos ahora a la casa de los Moggridge, empecemos con eso. Bueno, los domingos, el propio James se encarga de remendar las botas de toda la familia. Además, es lector de *Truth*³. Pero ¿su pasión? Las rosas...y su esposa, una enfermera retirada —interesante... Por Dios, ¡permítanme tener una mujer con un nombre que me guste!—. Pero no, ella pertenece a las criaturas no nacidas de la imaginación, criaturas ilícitas, pero no por ello menos queridas, como mis azaleas. ¿Cuántas mueren en cada novela que se escribe? Las mejores, las más queridas, mientras que Moggridge vive. Es culpa de la vida. Aquí está Minnie, comiéndose su huevo en este momento, enfrente de mí, y al final de la línea —¿ya pasamos Lewes?— debe de estar Jimmy... o ¿por qué se retuerce ella?

Debe de estar Moggridge —culpa de la vida—. La vida impone sus leyes, la vida bloquea el camino, la vida está detrás del helecho, la vida es la tirana, ay, ¡pero no el bravucón! No, porque yo les aseguro que vengo voluntariamente, vengo atraída por vaya a saber qué compulsión, a través de helechos y vinagreras, manchas en la mesa y botellas sucias. Vengo inevitablemente para alojarme en algún lugar de la carne firme, la columna fuerte —donde sea que pueda penetrar o apoyarme

3 Publicación británica que, en tiempos de Virginia Woolf, se consideraba asociada al partido conservador. [N. de la trad.]

en la persona, en el alma— de Moggridge el hombre. La enorme estabilidad del material: la columna, resistente como barbas de ballena, recta como un roble; las costillas, ramas que se proyectan; la carne, tensa lona; los orificios rojos; la succión y regurgitación de las entrañas; mientras que desde arriba cae la carne en cubos color marrón y buches de cerveza que se mezclarán para convertirse en sangre de nuevo... y así llegamos a los ojos. Detrás de la aspidistra, estos atisban algo: negro, blanco, tristeza; ahora de nuevo el plato; detrás de la aspidistra, los ojos ven a la anciana: “La hermana de Marsh, Hilda es más mi tipo”; ahora el mantel. “Marsh sabría qué pasa con los Morris...”; hablan de eso; llega el queso; de nuevo el plato; lo hacen circular —los dedos enormes—; ahora la mujer de enfrente. “La hermana de Marsh... no se parece a Marsh; mujer desdichada y vieja... Deberías estar alimentando tus gallinas... Pero ¡por Dios! ¿Qué la hace retorcerse así? No lo que yo dije, ¿o sí? ¡Ay, ay, ay! Estas ancianas. ¡Ay, ay!”.

[Sí, Minnie, sé que te retorcaste, pero, un momento... James Moggridge].

“¡Ay, ay, ay!” ¡Qué hermoso sonido! Como el golpe de un martillo sobre madera seca, como el latido del corazón de un viejo ballenero cuando las aguas se vuelven densas y el parque se encapota. “¡Ay, ay!”, doblan las campanas por el alma de los miserables, para aliviarlos y consolarlos, y envolverlos en

lino diciendo: “Adiós. ¡Buena suerte!”, y luego, “¿Qué deseas?”, porque aunque Moggridge arrancararía su rosa por ella, eso ya pasó, se terminó. Y ahora, ¿qué sigue? “Señora, va a perder su tren”, porque ellos no esperan.

Esa es la manera de ser del hombre; ese es el sonido que reverbera; ahí están la catedral de San Pablo y los autobuses. Pero estamos limpiando la mesa. Ay, Moggridge, ¿no se queda usted? ¿Tiene que irse? ¿Va a recorrer Eastbourne esta tarde en uno de esos pequeños carruajes? ¿Es usted el hombre emparedado entre cajas de cartón verde, que a veces tiene las cortinas cerradas, y a veces se queda inmóvil, muy solemne, mirando al vacío como una esfinge, y siempre tiene esa apariencia fúnebre, un poco de enterrador, con el ataúd y el crepúsculo que rodea al caballo y al conductor? Por favor cuénteme, pero las puertas se cierran de un golpe. Nunca volveremos a encontrarnos. Moggridge, ¡adiós!

Sí, sí, ya voy. Hasta el último piso de la casa. Me demoro un momento. La forma en que el lodo da vueltas en la mente: el remolino que dejan estos monstruos, las aguas agitadas, la maleza que se mece, verde aquí, negra allá, buscando la arena, hasta que los átomos vuelven a ensamblarse poco a poco, el sedimento se filtra y uno vuelve a ver con los ojos, clara y tranquilamente, y llega a los labios una oración por los difuntos, un réquiem por las almas de aquellos a los que

saludamos con una inclinación de cabeza, la gente que nunca volveremos a encontrarnos.

Ahora James Moggridge está muerto, se fue para siempre. Bueno, Minnie... “Ya no lo soporto”. Si ella dijo eso... (déjeme mirarla: está sacudiendo las cáscaras de huevo hacia las grietas del piso). Ciertamente lo dijo, recostándose contra la pared de la habitación, mientras pellizca las borlas que ribeatean la cortina color vino. Pero cuando el yo le habla al yo, ¿quién está hablando? El alma enterrada, el espíritu empujado hasta las profundidades de la catacumba central. El yo que tomó los hábitos y se retiró del mundo —un cobarde, tal vez, sin embargo, de alguna manera hermoso, a medida que revolotea con su lámpara incansablemente por corredores oscuros—. “Ya no lo aguanto”, dice su espíritu. “Ese hombre al almuerzo, Hilda, los niños”. ¡Ay, cielos, sus sollozos! Es el espíritu aullando por su destino, el espíritu llevado de acá para allá, refugiándose en las capas menguantes —exiguos puntos de apoyo—, marchitos jirones del total del universo evanescente: amor, vida, fe, esposo, hijos, no sé qué esplendores y glorias vislumbraría en la infancia. “No para mí, no para mí”.

Pero luego... ¿los panecillos, el perro viejo y calvo? Paños para bisutería, eso es lo que debería imaginarme, y el consuelo de la ropa interior de lino. Si Minnie Marsh fuese atropellada y la llevaran al hospital, las enfermeras y los propios médicos

exclamarían... Está la vista y la visión —está la distancia—, la mancha azul al final de la avenida, aunque, después de todo, el té está fuerte, el panecillo, caliente, y el perro —“Benny, a tu canasta, vamos, y ¡mira lo que te trajo mamá!”—. Así que agarras el guante que tiene el pulgar gastado, y desafiando una vez más el demonio invasor de eso que llaman descoserse, renuevas las fortificaciones, entretejiendo la lana gris, pasándola por dentro y por fuera.

Pasándola por dentro y por fuera, de un lado a otro y por encima, tejiendo una red a través de la cual el mismo Dios... sshh, ¡no pienses en Dios! ¡Qué puntadas tan tupidas! Debes sentirte orgullosa de tu remiendo. Que nada la perturbe. Dejemos que la luz se apague suavemente, y que las nubes muestren el interior de la primera hoja verde. Dejemos que el gorrión se pose en la rama y sacuda la gota de lluvia que cuelga de la esquina... ¿Por qué mirar hacia arriba? ¿Fue un sonido, un pensamiento? ¡Ay, cielos! ¿De vuelta a lo que hiciste, la vitrina con los rizos violeta? Pero Hilda va a venir. Ignominias, humillaciones, ¡ay, cierra esa brecha!

Después de zurcir el guante, Minnie Marsh lo deja en el cajón. Cierra el cajón con decisión. Alcanzo a ver su cara en el espejo. Tiene los labios apretados. El mentón hacia arriba. Luego se amarra los zapatos. Después se toca la garganta. ¿De qué es tu broche? ¿Muérdago o un osito? ¿Y qué ocurre? A

menos de que esté muy equivocada, el pulso se ha acelerado, se acerca el momento, la trama se precipita, viene la tormenta. ¡Ha llegado la crisis! ¡Que Dios te proteja! Allá va ella. ¡Valor, valor! ¡Afróntalo, dale! ¡Por Dios santo, no te quedes ahora en el tapete de entrada! ¡Ahí está la puerta! Yo estoy de tu lado. ¡Habla! ¡Enfréntala, trastorna su alma!

—¡Ay, perdón! Sí, esto es Eastbourne. Yo se la alcanzo. Déjeme abrirle la puerta. —[Pero, Minnie, aunque manten-gamos las apariencias, te he entendido y ahora estoy contigo].

—¿No tiene más equipaje?

—Muchas gracias, muy amable.

(Pero, ¿por qué miras a tu alrededor? Hilda no va a venir a la estación, ni John; y Moggridge está en camino hacia el otro extremo de Eastbourne).

—Voy a esperar aquí con mi maleta, señora, es lo más seguro. Él dijo que vendría a buscarme... Ah, ¡ahí está! Es mi hijo. Y luego se van juntos.

Bueno, pero estoy confundida... ¡Vamos, Minnie, no comes-tas una imprudencia! Un joven desconocido... ¡Deténganse! Voy a decirle... ¡Minnie! ¡Señorita Marsh! Pero no sé. Hay algo extraño en la forma en que su abrigo se agita con el viento. Ay, pero esto no puede ser, esto es una indecencia... Miren la forma en que él se inclina cuando llegan a la puerta. Ella encuentra su tiquete. ¿De qué se ríen? Y luego se van, por la

calle, hombro a hombro... Bueno, ¡mi mundo ha llegado a su fin! ¿En qué me apoyo? ¿Qué es lo que sé? Esa no es Minnie. Moggridge nunca existió. ¿Quién soy yo? La vida ha quedado en los huesos.

Y, sin embargo, la última mirada que les echo —él bajando la acera y ella siguiéndolo mientras rodean el gran edificio— me llena de asombro, vuelve a colmarme. ¡Qué figuras tan misteriosas! Madre e hijo. ¿Quiénes son ustedes? ¿Por qué van caminando por esa calle? ¿Dónde dormirán esta noche, y dónde mañana? Ay, cómo gira y se eleva, ¡me saca de nuevo a la superficie! Empiezo a caminar tras ellos. La gente pasa hacia un lado y hacia el otro. La luz blanca chisporrotea y se derrama. Ventanales. Claveles, crisantemos. Hiedra en jardines sombríos. Camiones de leche en la puerta. Dondequiera que voy, figuras misteriosas, las observo, dando vuelta a la esquina, madres e hijos; ustedes, ustedes, ustedes. Aprieto el paso, los sigo. Esto, supongo, debe de ser el mar. El paisaje es gris; opaco como cenizas; el agua murmura y se mueve. Si caigo de rodillas, si hago todo el ritual, la vieja pantomima, son ustedes, figuras desconocidas, lo que adoro; si abro mis brazos, es a ustedes a quienes abrazo, lo que atraigo hacia mí, ¡mundo encantador!

UNA CASA ENCANTADA

A LA HORA QUE TE DESPERTARAS, SIEMPRE SE oía una puerta cerrándose. Deambulaban de una habitación a otra, tomados de la mano, levantando aquí, abriendo allá, verificando... una pareja de fantasmas. “Aquí lo dejamos”, decía ella. Y él agregaba: “¡Sí, pero aquí también!”. “Está arriba”, murmuraba ella. “Y en el jardín”, susurraba él. “Pasito”, decían los dos, “o terminaremos por despertarlos”.

Pero no es que ustedes nos despertaran. Nada de eso. “Lo están buscando; están corriendo la cortina”, podíamos decir y seguir leyendo una o dos páginas más. “Ya lo encontraron”, podíamos afirmar, con el lápiz suspendido sobre el margen. Y luego, cansados de leer, podíamos ponernos de pie e ir a ver por nosotros mismos, la casa totalmente vacía, las puertas de par en par, solo las palomas torcaces zureando alegremente y el rumor de la trilladora allá en la granja. “¿A qué vine aquí?”

¿Qué era lo que quería encontrar?”. Mis manos estaban vacías. “Entonces, ¿estará arriba?”. Las manzanas estaban en el zarzo. Y de nuevo para abajo, el jardín tan tranquilo como siempre, solo el libro, que se había caído sobre el césped.

Pero lo habían encontrado en el salón. Aunque no es que pudiéramos verlos. En los cristales de la ventana se veía el reflejo de las manzanas, el reflejo de las rosas; todas las hojas se veían verdes en el cristal. Si se movían en el salón, la manzana solo giraba para mostrar su lado amarillo. Sin embargo, al minuto siguiente, si la puerta se abría, regado por el suelo, colgando de las paredes, suspendido del techo... ¿qué? Mis manos estaban vacías. La sombra de un zorzal voló de un lado a otro sobre la alfombra; desde las fuentes más profundas del silencio, la paloma torcaz extraía sus arrullos. “A salvo, a salvo, a salvo”, palpitaba suavemente el pulso de la casa. “El tesoro enterrado; el cuarto...”, se interrumpía de pronto el pulso. Ah, ¿sería eso el tesoro enterrado?

Un momento después, la luz se había desvanecido. Entonces, ¿afuera en el jardín? Pero los árboles tejían una red de tinieblas para un rayo de sol vagabundo. Tan fino, tan raro, tranquilamente hundido bajo la superficie, el rayo que yo buscaba siempre ardía tras el cristal. La muerte era el cristal; la muerte estaba entre nosotros; primero visitó a la mujer, hacía cientos de años, luego abandonó la casa y selló

todas las ventanas; los cuartos estaban en tinieblas. Él lo abandonó, la abandonó a ella, se fue al norte, se fue al este, vio las estrellas cambiar de color en el cielo del sur; buscó la casa, la encontró abandonada bajo los Downs. “A salvo, a salvo, a salvo”, palpitaba alegremente el pulso de la casa. “El tesoro es suyo”.

El viento brama por la avenida. Los árboles se inclinan y se doblan hacia un lado y hacia el otro. Los rayos de la luna tiñen la lluvia y se desparraman frenéticamente. Pero la luz de la lámpara cae a plomo desde la ventana. La vela arde espigada e inmóvil. Deambulando por la casa, abriendo las ventanas, susurrando para no despertarnos, la pareja de fantasmas busca su alegría.

“Aquí dormíamos”, dice ella. Y él agrega: “Besos sin cuenta”. “Al despertar en la mañana...” “Un rayo de plata entre los árboles...” “Arriba...” “En el jardín...” “Cuando llegaba el verano...” “Cuando nevaba en invierno...” A lo lejos se oyen puertas cerrándose, un golpeteo suave, como el latido de un corazón.

Se acercan cada vez más; se detienen en la entrada. El viento cae, la lluvia se desliza plateada por el cristal. Nuestros ojos se entrecierran; no oímos pasos al lado; no vemos a ninguna dama extendiendo su capa espectral. Él protege la luz del farol con las manos. “Mira”, musita, “duermen profundamente. Con amor en los labios”.

Encorvándose, levantando su lámpara de plata sobre nosotros, nos observan larga y profundamente. Se demoran. Entra una ráfaga de viento; la llama se arquea ligeramente. Frenéticos rayos de luz de luna surcan el suelo y la pared y, al encontrarse, tiñen los rostros inclinados; los rostros pensativos; los rostros que estudian a los durmientes y buscan su alegría oculta.

“A salvo, a salvo, a salvo”, palpita con orgullo el corazón de la casa. “Hace años...”, suspira él. “Otra vez me encontraste”. “Aquí”, murmura ella, “durmiendo; en el jardín leyendo; riendo, apilando manzanas en el desván. Aquí dejamos nuestro tesoro...”. Al encorvarse más, su luz levanta los párpados de mis ojos. “¡A salvo! ¡A salvo! ¡A salvo!”, palpita frenéticamente el pulso de la casa. Al despertar, yo grito:

—¡Ah! ¿Esto es *su* tesoro enterrado? La luz en el corazón.

LUNES O MARTES

PEREZOSA E INDIFERENTE, SACUDIÉNDOSE fácilmente el espacio de sus alas, segura de su camino, la garza pasa sobre la iglesia mientras surca el cielo. Blanco y lejano, concentrado en sí mismo, el cielo se nubla y se despeja sin parar, moviéndose y permaneciendo. ¿Un lago? ¡Hay que borrar sus orillas! ¿Una montaña? Ah, perfecto, el sol resplandece en sus laderas. Por ahí baja. Luego helechos, o plumas blancas, para siempre jamás...

Deseando la verdad, esperándola, destilando laboriosamente unas cuantas palabras, siempre deseando —se oye un grito por la izquierda, otro por la derecha. Las ruedas se mueven en diferentes direcciones. Los autobuses se aglomeran en pugna—, siempre deseando —el reloj afirma con doce campanadas nítidas que es mediodía; la luz desprende escamas doradas; los niños pululan—, siempre deseando la verdad. Roja

es la cúpula; monedas cuelgan de los árboles; una columna de humo sale de las chimeneas; ladridos, clamores, gritan “Se vende hierro”... ¿y la verdad?

Dirigiéndose hacia un punto, pies de hombres y pies de mujeres, negros o recubiertos de oro —¡Qué neblina!; ¿Azúcar? No, gracias; La mancomunidad del futuro—; la luz del hogar sale disparada y tiñe el salón de rojo, excepto por las figuras negras y sus ojos brillantes, mientras que afuera un furgón despidе humo, la señorita Thingummy toma té en su escritorio y una vitrina protege abrigos de piel...

Presumida, ligera como una hoja, a la deriva en las curvas, volando sobre las ruedas, salpicada de plata, en casa o no en casa, recogida, extendida, dilapidada en distintas membranas, arrasada, acabada, rota, hundida, ensamblada... ¿y la verdad?

Y ahora a recordar junto al fuego el cuadrado blanco de mármol. Las palabras que salen de las profundidades de marfil se despojan de su negrura, florecen y penetran. El libro caído; la llama, el humo, las chispas pasajeras —o tal vez viajando, el medallón cuadrado de mármol, abajo, minaretes y los mares de la India, mientras el espacio fluye azul y las estrellas brillan—, ¿la verdad? O, tal vez, ¿contenta con la intimidad?

Perezosa e indiferente, la garza regresa; el cielo oculta sus estrellas y luego las muestra.

EN EL HUERTO

MIRANDA DORMÍA EN EL HUERTO, TENDIDA EN una silla reclinable, debajo de un manzano. El libro que estaba leyendo se había deslizado hacia el césped y su dedo todavía parecía apuntar hacia la frase “Ce pays est vraiment un des coins du monde où le rire des filles éclate le mieux...”¹, como si se hubiese quedado dormida justo allí. Los ópalos de su anillo se teñían de verde, se teñían de rosa y otra vez de naranja cuando el sol, brillando a través de los manzanos, los bañaba. Y cuando soplabla la brisa, su vestido color púrpura ondulaba, como una flor unida a un tallo, la hierba se mecía y una mariposa blanca llegaba revoloteando por aquí y por allá, justo sobre su cara.

1 “Este país es, verdaderamente, uno de los rincones del mundo donde la risa de las niñas resuena mejor...”. Cita de la novela *Ramuntcho*, del francés Pierre Loti, publicada en 1897. [N. de la trad.]

A poco más de un metro de su cabeza, colgaban las manzanas. De repente se oyó un clamor fuerte, como si estas fueran resquebrajados gongs de bronce que alguien estuviera golpeando con violencia, sin ritmo alguno, brutalmente. Pero solo eran los niños de la escuela que, repitiendo al unísono las tablas de multiplicar, volvían a comenzar su retahíla tras ser interrumpidos por el regaño del maestro. A poco más de un metro de la cabeza de Miranda, al atravesar las ramas del manzano, el clamor fue a estrellarse contra el hijo del labriego —que estaba recogiendo moras en los zarzales, cuando debería haber estado en la escuela—, haciendo que se pinchara el pulgar con las espinas.

Después se oyó un grito solitario, triste, humano, brutal. El viejo Parsley estaba, sin duda, completamente borracho.

Luego las hojas más altas del manzano, planas como pequeños peces contra el azul, comenzaron a sonar, a nueve metros del suelo, con un tono melancólico y lúgubre. Era el órgano de la iglesia, que tocaba uno de los Himnos Antiguos y Modernos. Mientras flotaba en el aire, el sonido fue cortado en átomos por una bandada de zorzales que volaban a gran velocidad, en todas direcciones. Miranda yacía dormida nueve metros debajo.

Enseguida, a sesenta metros del huerto donde Miranda yacía dormida, por encima del manzano y el peral, retumbaron

unas campanas, de forma intermitente, sombría, moralizante, pues estaban purificando a seis mujeres pobres de la parroquia que habían dado a luz recientemente y el párroco daba gracias al cielo.

Y por encima de todo esto, la veleta dorada de la torre de la iglesia viró, con un agudo chirrido, del sur hacia el este. El viento cambió y siguió zumbando por encima de todo lo demás, sobre los bosques, las praderas, las colinas, a kilómetros de donde Miranda yacía dormida en el huerto. Soplaba y soplaba, ciego, sin pensar, sin encontrarse nada que pudiera oponerle resistencia hasta que, virando en el otro sentido, volvió a soplar hacia el sur. Muchos kilómetros abajo, en un espacio tan grande como el ojo de una aguja, Miranda se incorporó y gritó:

—¡Ay, voy a llegar tarde a tomar el té!

Miranda dormía en el huerto... o tal vez no dormía, pues sus labios se movían de forma casi imperceptible, como si dijeran: “Ce pays est vraiment un des coins du monde... où le rire des filles... éclate... éclate... éclate...”; luego sonrió y dejó que su cuerpo descargara todo su peso sobre la enorme tierra que se levanta —pensaba ella— para llevarme sobre su espalda como si yo fuera una hoja, o una reina (aquí los niños recitaban las tablas de multiplicar), o —seguía Miranda— podría

estar acostada en la cima de un acantilado mientras las gaviotas chillan sobre mí. Cuanto más alto vuelan —continuaba Miranda, al tiempo que el maestro reprendía a los niños y golpeaba a Jimmy en los nudillos hasta hacerlo sangrar—, cuanto más hondamente observan el océano, el océano —repetía ella y sus dedos se relajaban y sus labios se cerraban suavemente como si estuviera flotando sobre el mar— y luego, cuando el grito del borracho resonó sobre su cabeza, ella tomó aire con una extraordinaria sensación de éxtasis, pues creyó estar oyendo a la vida misma gritar con su lengua ronca desde una boca roja, desde el viento, desde las campanas, desde las hojas verdes y sinuosas de los repollos.

Como era natural, Miranda se estaba casando cuando el órgano tocó la melodía de los Himnos Antiguos y Modernos y, cuando las campanas retumbaron por las seis mujeres pobres que daban gracias en la iglesia por haber dado a luz, los tañidos sombríos e intermitentes la hicieron pensar que la tierra misma temblaba bajo los cascos del caballo que galopaba hacia ella (“¡Ah, solo tengo que esperar!”, suspiraba) y le pareció a Miranda que ya todo había comenzado a moverse, a llorar, a cabalgar, a revolotear alrededor de ella, a través de ella, hacia ella, como siguiendo un patrón.

Mary está cortando leña, pensó Miranda; Pearman está arriando las vacas; las carretas regresan de las praderas; el

jinete... y entonces Miranda dibujó las líneas que trazaban sobre el campo los hombres, las carretas, los pájaros y el jinete, hasta que todos parecieron desvanecerse por completo, desplazados por los latidos de su propio corazón.

Muy arriba, a muchos metros de distancia, el viento cambió de dirección; la veleta dorada de la torre de la iglesia chirrió y Miranda se puso de pie de un salto y gritó:

—¡Ay, voy a llegar tarde a tomar el té!

Miranda dormía en el huerto... pero ¿estaba realmente dormida o no? Su vestido color púrpura se extendía entre dos manzanos. Había veinticuatro manzanos en el huerto, algunos ligeramente inclinados, y otros que crecían rectos, con una energía que subía por su tronco y se expandía en forma de ramas y pequeños frutos redondos, rojos o amarillos. Cada manzano tenía el espacio necesario. El cielo encajaba perfectamente con las hojas. Cuando la brisa soplabá, los retoños que daban contra el muro se inclinaban ligeramente y luego volvían a enderezarse. Una lavandera voló en diagonal desde una esquina hasta la otra. Dando pequeños brinco, un mirlo avanzaba hacia una manzana caída; desde el otro muro, un gorrión revoloteó a ras del césped. El apuro de los árboles por crecer estaba limitado por esos movimientos; todo estaba comprimido por los muros del huerto.

Desde las profundidades, la tierra estaba constreñida; solo el viento oscilante agitaba la superficie, y en una esquina del huerto, el verde azulado estaba escindido por una línea color púrpura. Mientras el viento cambiaba de dirección, un racimo de manzanas se levantó tan alto que ocultó a dos vacas que pastaban en la pradera (“¡Ay, voy a llegar tarde a tomar el té!”, gritó Miranda) y luego las manzanas volvieron a quedar suspendidas sobre el muro.

EL VESTIDO NUEVO

MABEL TUVO LA PRIMERA SOSPECHA SERIA DE que algo no iba bien cuando se quitó la capa y la señora Barnet —al entregarle el espejo y acariciar los cepillos, llamando así su atención, de manera tal vez un poco exagerada, hacia todos los utensilios para el arreglo y cuidado del pelo, el cutis y la ropa, que reposaban en el tocador— confirmó la sospecha de que algo no iba bien, que había algo que no estaba bien del todo. Esta fue creciendo y agudizándose cuando subió las escaleras, y se apoderó definitivamente de ella, con total convicción, cuando, después de saludar a Clarissa Dalloway, se dirigió en línea recta hacia el fondo del salón, hacia un rincón oscuro del que colgaba un espejo, y se miró en él. ¡No! Definitivamente algo no iba *bien*. Y de inmediato, aquel sentimiento de infelicidad que siempre había tratado de ocultar, esa profunda insatisfacción —la sensación que había tenido

desde niña de ser inferior a los demás— la invadió despiadadamente, implacablemente, con una intensidad que no podía aplacar como lo hacía cuando se despertaba por las noches en casa y se ponía a leer a Borrow o a Scott. Porque, ¡ay!, todos esos hombres y todas esas mujeres estaban pensando “Pero ¿qué es lo que Mabel lleva puesto? ¡Parece un espantajo! ¡Qué vestido tan horroroso!”, mientras parpadeaban al acercarse y cerraban después los ojos con fuerza. Lo que la deprimía era su propia y aterradora ineptitud, su cobardía, esa sangre débil y aguada. Y de inmediato el salón en el que tantos planes había hecho con su humilde modista, durante horas y horas, le pareció infame y repulsivo; y su propio salón, miserable, y ella misma —al salir de su casa, toda henchida de vanidad, mientras revisaba las cartas que reposaban sobre la mesa de la entrada y decía: “¡Qué aburrición!”, solo para presumir—, todo eso le pareció ahora indescriptiblemente tonto, ridículo y provinciano. Todo había quedado totalmente destruido y en evidencia, todo había estallado, tan pronto entró al salón de la señora Dalloway.

Lo que Mabel pensó, mientras tomaba el té, la noche que llegó la invitación de la señora Dalloway, fue que, desde luego, no podría ponerse un vestido de última moda. Era absurdo siquiera pretenderlo: un vestido de última moda implicaría diseño, estilo, por lo menos treinta guineas; pero ¿por qué no

ser original? ¿Por qué no ser, de cierta forma, ella misma? Y, poniéndose de pie, fue a buscar aquella vieja revista de modas de su madre, una revista de la moda parisina de la época imperial, y entonces pensó en lo mucho más bonitas, dignas y femeninas que eran las mujeres en esos tiempos, de modo que se empeñó —¡vaya tontería!— en tratar de ser como ellas, felicitándose, de hecho, por ser modesta y chapada a la antigua, y muy agraciada, entregándose, sin duda alguna, a una orgía de amor propio que merecía ser castigada y por eso se vistió de esta manera.

Pero Mabel no se atrevía a mirarse en el espejo. No era capaz de afrontar todo ese horror: el vestido de seda amarillo pálido, ridículamente anticuado, con esa falda larga y esas mangas en forma de globo, y el talle y todas las cosas que se veían tan bonitas en la revista de modas, pero no en ella, no en medio de toda esa gente tan normal. Se sintió como el maniquí de una modista, puesta allí para que los jóvenes le clavaran alfileres.

—Pero, querida, ¡qué vestido tan encantador! —dijo Rose Shaw, al tiempo que la miraba de arriba abajo con los labios fruncidos, en esa mueca sarcástica que Mabel se esperaba, mientras que ella misma iba vestida con el último grito de la moda, exactamente como todos los demás, como siempre.

Todos somos como moscas tratando de trepar hasta el borde del plato, pensó Mabel, y repitió la frase como si se

santiguara, como si tratara de encontrar algún tipo de conjuro para mitigar ese dolor, para hacer soportable la agonía. Citas de Shakespeare, fragmentos de libros que había leído hacía años, llegaban de pronto a su mente cuando estaba sufriendo, y ella las repetía una y otra vez. “Moscas tratando de trepar”, repitió. Si pudiera repetir eso las suficientes veces y obligarse a ver las moscas, lograría anestesiarse, serenarse, congelarse, aturdirse. Ahora podía ver moscas arrastrándose lentamente para escapar de un plato lleno de leche, con las alas pegadas; y Mabel se esforzó y se esforzó (mientras permanecía frente al espejo, escuchando a Rose Shaw) para obligarse a ver a Rose Shaw y a toda la gente que estaba allí como moscas tratando de salirse de algo —o de meterse en algo—, raquíticas, insignificantes y laboriosas moscas. Pero Mabel no lograba verlos así, no a los demás. Se veía así a sí misma —ella era una mosca—, pero los demás eran libélulas, mariposas, hermosos insectos que bailaban, aleteaban y revoloteaban, mientras que ella era la única que se arrastraba para salir del plato. (La envidia y el rencor, los vicios más detestables, eran sus principales defectos.)

—Me siento como una vieja mosca sin gracia, decrepita y horriblemente sórdida —dijo, haciendo que Robert Haydon se detuviera solo para oírla decir eso, con el único fin de tranquilizarse improvisando una frase tonta y mal hilvanada

para mostrar lo indiferente y lo ingeniosa que era, y que no se sentía excluida en lo más mínimo. Y, por supuesto, Robert Haydon respondió algo bastante caballeroso, bastante falso, cosa que Mabel entendió al instante, y entonces se dijo a sí misma (tomándolo de nuevo de un libro), tan pronto él desapareció: “¡Mentiras, mentiras, mentiras!”. Dado que una fiesta vuelve las cosas o bien mucho más reales, o bien mucho menos reales —pensó Mabel—, ella había logrado llegar en un instante al fondo del corazón de Robert Haydon y había visto todo. Había visto la verdad. *Esto* era la verdad, ese salón, esa personalidad, lo otro era falso. El pequeño taller de costura de la señorita Milan era en realidad horriblemente sofocante, mal ventilado y miserable. Olía a ropa y a cocido de repollo, y, sin embargo, cuando la señorita Milan le puso el espejo en la mano y ella se miró con el vestido puesto, terminado, sintió una extraordinaria felicidad que inundó su corazón. Bañada por la luz, Mabel renació de repente. Libre de preocupaciones y arrugas, ahí estaba todo lo que había soñado para sí misma: una mujer hermosa. Solo por un segundo (no se había atrevido a mirarse por más tiempo, la señorita Milan quería hablar sobre el largo de la falda) la había mirado desde el espejo, enmarcada por la moldura ondulada de caoba, una muchacha encantadora y pálida que sonreía enigmáticamente: su esencia, su verdadera alma;

y no fue solo la vanidad, no solo el amor propio, lo que la hizo pensar que también era buena, tierna y real. La señorita Milan dijo que la falda no podía ser más larga; si acaso, dijo la señorita Milan frunciendo el ceño y concentrando en ella toda su atención, la falda debía ser más corta; y Mabel sintió, de pronto, una sincera adoración por la señorita Milan, y sintió más cariño por ella que por cualquier otra persona en el mundo, y podría haber llorado de compasión —al verla arrastrándose por el suelo, con la boca llena de alfileres, la cara roja y los ojos saltones— ante la idea de que un ser humano tuviera que hacer eso por otro, y entonces los vio a todos como simples seres humanos, y se vio a sí misma saliendo hacia su fiesta, y a la señorita Milan tapando la jaula del canario, o dejando que este cogiera una semilla de cáñamo de entre sus labios, y el hecho de pensar en eso, en ese aspecto de la naturaleza humana y su paciencia y su resistencia, y el hecho de contentarse con esos pequeños placeres tan miserables, tan nimios y tan básicos hizo que sus ojos se llenaran de lágrimas.

Pero ahora todo aquello se había esfumado. El vestido, el salón, el amor, la compasión, el espejo ondulado y la jaula del canario; todo había desaparecido y solo estaba ella, en un rincón del salón de la señora Dalloway, sometida a mil torturas y totalmente despierta en medio de la realidad.

La verdad es que todo aquello era ridículo, cobarde y frívolo: preocuparse de esa manera, a su edad y con dos hijos; depender todavía tanto de las opiniones de los demás y no tener principios ni convicciones; no ser capaz de decir, como lo hacían otras personas: “¡Pensemos en Shakespeare! ¡Eso es la muerte! No somos más que un grano de arena en el desierto”, o cualquier cosa que la gente dijera.

Mabel se miró al espejo, se arregló el vestido en el hombro izquierdo y se dirigió hacia el centro del salón, como si de todos lados le estuvieran arrojando lanzas a su vestido amarillo. Pero en lugar de parecer altiva o trágica, como habría hecho Rose Shaw —Rose se habría visto como Boadicea¹—, Mabel se veía estúpida y acomplejada, y sonreía como una colegiala, mientras caminaba por el salón arrastrando los pies, prácticamente a hurtadillas, como si fuera un gozque apaleado, y luego se quedó observando un grabado. ¡Como si uno fuera a una fiesta a contemplar un cuadro! Todo el mundo sabía por qué lo hacía: por vergüenza, porque se sentía humillada.

“Ahora la mosca está en el plato”, dijo para sus adentros, “justo en el centro, y no puede salirse porque la leche”, pensó, mientras observaba rígidamente el cuadro, “hace que las alas se peguen una contra la otra”.

1 Boadicea o Boudicca fue una reina celta, soberana de un pueblo que vivía en las tierras más orientales de la Isla de Gran Bretaña, que se reveló contra los romanos en el año 60 d. C. [N. de la trad.]

—Es tan anticuado —le dijo a Charles Burt, obligándolo a detenerse (cosa que él odiaba) mientras se dirigía a conversar con alguien más.

Mabel se refería —o trató de obligarse a creer que se refería— a que el cuadro era anticuado, no su vestido. Y una sola palabra de galantería, una palabra de afecto de parte de Charles habría marcado toda la diferencia para ella en ese momento. Bastaría con que hubiese dicho: “Mabel, ¡qué linda te ves hoy!”, y eso habría cambiado toda su vida. Pero, claro, para eso ella tendría que haber sido sincera y directa. Desde luego, Charles no dijo nada por el estilo. Él era la maldad en persona; siempre veía a través de los demás, en especial si alguien se sentía particularmente miserable, despreciable o estúpido.

—¡Mabel tiene un vestido nuevo! —dijo Charles y la pobre mosca fue arrojada exactamente al centro del plato.

Realmente a él le habría gustado que ella se ahogara, pensó Mabel. Charles carecía de corazón, no tenía ni la cortesía más elemental, solo un barniz de amabilidad. La señorita Milan era mucho más real, mucho más afable. Si solo pudiéramos sentir eso y atenernos siempre a eso. “¿Por qué...?”, se preguntó Mabel, contestándole a Charles tal vez de manera demasiado impertinente, dejándole ver que estaba furiosa, o “alterada”, como había dicho él (“Estás un poco alterada, ¿no?”, dijo Charles y de inmediato se fue a reírse de Mabel con otra mujer

que estaba por allá). “¿Por qué”, se preguntó Mabel, “no puedo sentir siempre lo mismo, sentirme segura de que la señorita Milan tiene razón, y Charles no, y aferrarme a eso; sentirme segura del canario y la compasión y el amor, y no sentirme vapuleada cada vez que entro a un salón lleno de gente?”. De nuevo, todo esto era resultado de su carácter detestable, débil y vacilante, siempre claudicando en el momento más crítico, sin ser capaz de interesarse seriamente en la malacología, la etimología, la botánica, la arqueología, el arte de cultivar papas y verlas dar frutos, como Mary Dennis, como Violet Searle.

Luego, al ver allí a Mabel, la señora Holman se dirigió hacia ella. Por supuesto, un vestido era un asunto demasiado indigno como para llamar la atención de la señora Holman, teniendo en cuenta que su familia siempre se estaba cayendo por las escaleras o en cama con escarlatina. ¿Podría Mabel decirle si era posible alquilar la casa de Elmthorpe durante agosto y septiembre? ¡Ay, era una conversación que la aburría de un modo indescriptible! La enfurecía que la trataran como a un agente de bienes raíces o un mensajero, que la usaran sin más. Carecer de valor, eso era, pensó Mabel, tratando de agarrarse a algo sólido, algo real, mientras intentaba responder con sensatez preguntas sobre el baño y el ala sur y la llegada del agua caliente hasta el último piso de la casa. Y todo el tiempo podía ver pedacitos de su vestido amarillo en el

espejo redondo, que hacía que todo se viera del tamaño de un botón o un renacuajo; y era asombroso pensar en cuánta humillación y sufrimiento y odio hacia sí misma y esfuerzo y apasionados altibajos emocionales podía albergar una cosa del tamaño de una moneda de tres peniques. Pero lo que era todavía más extraño era que esa cosa, esa Mabel Waring, se mantenía al margen, totalmente desconectada; y aunque la señora Holman (el botón negro) se inclinaba hacia delante y le estaba contando cómo su hijo mayor había forzado hasta el límite su corazón de tanto correr, Mabel también podía verla a ella totalmente desconectada en el espejo y era imposible que el punto negro —que se inclinaba hacia delante y gesticulaba— hiciera que el punto amarillo —sentado solitario, absorto en sí mismo— sintiera lo que el punto negro estaba sintiendo, por más que las dos fingieran hacerlo.

—Es imposible mantener quietos a los chicos —era la clase de cosas que se decía en estos casos.

Y la señora Holman —que nunca se cansaba de que la compadecieran y buscaba con avidez toda la conmiseración que quisieran ofrecerle, como si esta le perteneciera por derecho propio (aunque en realidad se merecía mucha más porque también estaba su pequeña, que había amanecido hoy con una rodilla hinchada)— tomó ese miserable tributo y lo miró con sospecha, con reticencia, como si fuera medio penique

cuando debería haber sido una libra, y lo guardó en su bolso, pues tenía que conformarse con eso, a pesar de lo mezquino y miserable que era, porque los tiempos estaban difíciles, muy difíciles. Y así siguió, la ofendida señora Holman, cacareando sobre la chiquilla con las articulaciones hinchadas. Ah, ¡qué tragedia esta codicia, este clamor de los seres humanos! —que gritaban y agitaban las alas, como una bandada de cormoranes, pidiendo atención—. Sería trágico, si fuera un sentimiento genuino y no solo una compasión fingida.

Pero metida en su vestido amarillo aquella noche, Mabel ya no podía exprimir una gota más; ella quería toda la compasión para sí misma. Sabía (pues no había dejado de mirarse al espejo, sumergiéndose en aquel espantoso estanque azul tan revelador) que estaba condenada, que los demás la despreciaban y la habían abandonado en ese estanque remoto porque no era más que una criatura débil y dubitativa; y Mabel creía que el vestido amarillo era una penitencia que merecía, y que si estuviese vestida como Rose Shaw —con aquel adorable traje verde ceñido con volantes de seda— también lo habría merecido, y entonces pensó que no tenía escapatoria, ninguna en absoluto. Pero, después de todo, tampoco era enteramente su culpa. El problema era venir de una familia de diez hijos, y no tener nunca dinero suficiente, y estar siempre escatimando y economizando; y ver a su madre trasteando latas

enormes, y el linóleo gastado en los bordes de las escaleras, y tener una tragedia doméstica tras otra —nada catastrófico, solo las dificultades de la granja de ovejas, pero sin que quebrara por completo; que su hermano mayor se hubiese casado con una mujer de una clase social más baja, pero no del todo—. Tampoco había romanticismo, nada excepcional en ellos. Vacacionaban respetablemente en hoteles a la orilla del mar; incluso en este momento, en cada balneario de la región se hospedada alguna de sus tías, en una habitación sin vista al mar. Eso era tan propio de ellos; siempre obligados a mirar todo de soslayo. Y ella había hecho lo mismo, era exactamente como sus tías. Porque a pesar de todos sus sueños de vivir en la India, casada con un héroe como sir Henry Lawrence², con algún funcionario del imperio (todavía se emocionaba cuando veía a algún indio con turbante), había fracasado por completo. Se había casado con Hubert —con su empleo de segundo orden en los juzgados, seguro y permanente— y habían logrado sobrevivir de manera tolerable en una casa más bien pequeña, sin tener criadas propiamente dichas, y recalentando sobras cuando estaba sola o comiendo solo pan con mantequilla; pero de vez en cuando —la señora Holman se había marchado, pensando que Mabel era la mentecata más

2 Militar británico que ocupó cargos administrativos en la India en el siglo XIX.
[N. de la trad.]

tonta y antipática que había conocido en la vida, y además se veía ridícula con ese vestido, y se había ido a hablarle a todo el mundo sobre la grotesca apariencia de Mabel—, de vez en cuando —pensó Mabel Waring, que se había quedado sola en el sofá azul, acomodando el cojín con el propósito de parecer ocupada, porque de ningún modo iba a reunirse con Charles Burt y Rose Shaw, que parloteaban como cotorras y tal vez se reían de ella junto a la chimenea—, de vez en cuando tenía sus momentos de placer, como, por ejemplo, leyendo la otra noche en la cama, o acostada en la arena junto al mar, tomando el sol en Pascua —dejemos que lo recuerde: un matorral de carrizo de color verde pálido todo retorcido, como un manojo de lanzas que se alzaban contra el cielo; y el firmamento, azul como un suave huevo de porcelana, igual de firme, igual de duro; y la melodía de las olas, “shshhh, shshhh”, decían las olas; y los gritos de los niños que chapoteaban en el agua—. Sí, había sido un momento grandioso, y ella ahí, sintiéndose recostada en las manos de la diosa que era el mundo; una diosa de corazón más bien duro pero hermosa, un corderito tendido sobre el altar (estas eran las estupideces que se podían pensar, pero no importaba siempre y cuando nunca las dijéramos en voz alta). Y también con Hubert había tenido a veces, de manera inesperada —mientras cortaban el cordero para el almuerzo del domingo, sin razón alguna, al abrir una

carta, al entrar a un salón—, algunos momentos grandiosos, en los que Mabel se decía (porque nunca se lo diría a nadie más): “Esto es. Ha sucedido, ¡esto es!”. Y lo contrario de esto era igual de sorprendente, es decir, cuando todo estaba dispuesto —la música, el clima, las vacaciones—, cuando estaban presentes todas las razones para ser feliz y no ocurría nada; no éramos felices y el mundo era un desierto, solo un desierto, y nada más.

¡Otra vez su desdichada personalidad, no cabía duda! Siempre había sido una madre quejumbrosa, débil e inepta, una esposa insegura, repantigada en una especie de existencia crepuscular, sin tener nada muy claro ni ser muy audaz, sin decidirse por una cosa o la otra; como todos sus hermanos y hermanas, excepto, tal vez, Herbert, todos eran unas criaturas a las que les corría agua por las venas y no hacían nada. Pero luego, en medio de esa vida rastrera e indigna, de repente se encontraba en la cresta de la ola. Esa desgraciada mosca —¿dónde había leído la historia que recordaba una y otra vez sobre la mosca y el plato?— luchaba para salir del plato. Sí, ella había tenido momentos así, pero ahora que había llegado a los cuarenta, es probable que estos se presentaran cada vez más esporádicamente. Poco a poco dejaría de luchar. ¡Pero eso era deplorable! ¡Insoportable! ¡Eso la hacía sentir vergüenza de sí misma!

Mañana mismo iría a la Biblioteca de Londres y encontraría, totalmente por azar, algún libro maravilloso, útil y asombroso, un libro escrito por un clérigo, o por un escritor americano del que nunca había oído hablar; o caminaría por Strand y llegaría, por accidente, a un salón en el que algún minero hablaba de su vida en las profundidades, y de repente ella se convertiría en una persona nueva. Se transformaría por completo. Comenzaría a usar uniforme, la llamarían enfermera Fulana, y nunca más volvería a preocuparse por la ropa. Y de ahí en adelante tendría total claridad sobre Charles Burt y la señorita Milan, y este salón y el otro; y la vida siempre sería, día tras día, como si estuviera acostada al sol o cortando el cordero. ¡Y eso sería todo!

Así que Mabel se levantó del sofá azul y el botón amarillo del espejo también se puso de pie; se despidió de Charles y Rose con un gesto de la mano, para mostrarles que no dependía de ellos ni un ápice, y el botón amarillo se salió del espejo, y todas las lanzas penetraron en su pecho mientras caminaba hacia la señora Dalloway y decía:

—Hasta luego.

—Pero si es muy temprano para marcharse —dijo la señora Dalloway, siempre tan encantadora.

—Sí, me temo que tengo que irme —dijo Mabel Waring—. Pero —agregó con esa voz débil e insegura que solo sonaba

más ridícula cuando trataba de volverla más enérgica— me divertí muchísimo.

—Me divertí mucho —le dijo al señor Dalloway, a quien se encontró en las escaleras.

“¡Mentiras, mentiras, mentiras!”, se dijo para sus adentros mientras bajaba la escalera, y “¡Otra vez en el centro del plato!”, cuando le dio las gracias a la señora Barnet por ayudarla y comenzó a envolverse y envolverse en la capa china que usaba desde hacía veinte años.

EL HOMBRE QUE AMABA AL PRÓJIMO

AQUELLA TARDE, MIENTRAS ATRAVESABA apuradamente Deans Yard, Prickett Ellis se topó de frente con Richard Dalloway o sería mejor decir que, justo cuando pasaban uno junto al otro, la discreta mirada de soslayo que se lanzaron mutuamente —por debajo del sombrero y por encima del hombro— se amplió y estalló en un acto de reconocimiento; no se habían visto en veinte años. Habían sido compañeros de colegio. Y ¿qué hacía ahora Ellis? ¿Abogado? Claro, claro, él había seguido el caso en los periódicos. Pero era imposible conversar allí. ¿No quieres pasar esta noche por casa? (Todavía vivían en el mismo sitio, justo a la vuelta de la esquina.) Van a venir una o dos personas. Tal vez Joynson. “Que ahora es un tipo importante”, dijo Richard.

“¡Perfecto! Entonces hasta esta noche”, dijo Richard y siguió su camino, muy contento (y eso era realmente cierto) de

haberse encontrado con ese curioso personaje, que no había cambiado ni un ápice desde que estaba en el colegio: seguía siendo el mismo chiquillo amorfo y regordete, lleno de prejuicios, pero extraordinariamente brillante; se había ganado la beca Newcastle¹. Luego se fue.

Prickett Ellis, sin embargo, al voltearse a mirar cómo Dalloway desaparecía, deseó no habérselo encontrado o, al menos —porque la verdad es que siempre le había agradado en lo personal— no haberle prometido que asistiría a su fiesta. Dalloway estaba casado, ofrecía fiestas; no era, para nada, el tipo de persona que él frecuentaba. Tendría que ponerse elegante. No obstante, a medida que la noche se acercara, supuso Prickett Ellis, y teniendo en cuenta que se había comprometido y no quería ser grosero, tendría que ir.

Pero ¡qué compromiso tan aburridor! Ahí estaba Joynton, aunque ninguno de los dos tenía nada que decirle al otro. Joynton era un chiquillo pomposo y, de adulto, se había vuelto todavía más egocéntrico, nada más. No había en el salón ninguna otra persona que Prickett Ellis conociera. Ni un alma. Así que, considerando que no se podía marchar tan pronto, sin cruzar ni una palabra con Dalloway —que parecía muy ocupado con sus deberes de anfitrión, yendo de un lado para

1 Prestigiosa beca que se otorga en el tradicional Eton College de Inglaterra como premio al desempeño académico. [N. de la trad.]

otro con su chaleco blanco— tendría que quedarse un rato. Era la clase de cosas que más lo enfurecían. Pensar en todos esos hombres y mujeres adultos y responsables que hacían esto todas las noches de su vida. Las arrugas de sus mejillas enrojecidas y recién afeitadas se profundizaron, mientras se recostaba contra la pared en completo silencio, porque aunque trabajaba como una mula, se mantenía en forma gracias al ejercicio, y se veía sólido y fiero, como si sus bigotes se hubiesen congelado. Se sintió irritado y molesto. Sus modestas prendas lo hacían ver descuidado, insignificante, desmañado.

Ociosos, charladores, demasiado elegantes y sin una idea en la cabeza, todas las finas damas y los caballeros siguieron conversando y riéndose, mientras Prickett Ellis los observaba y los comparaba con los Brunner, quienes, después de ganar el pleito contra la cervecería Fenner y obtener una compensación de doscientas libras (ni la mitad de lo que han debido recibir), decidieron gastarse cinco en un reloj de repisa para él. Era un acto de nobleza, la clase de cosas que causaban emoción, de modo que miró de forma más severa que nunca a toda esa gente —demasiado elegante, cínica, próspera— y comparó lo que sentía en ese momento con lo que había sentido a las once de la mañana, cuando el viejo Brunner y su señora, vestidos con sus mejores galas, gente absolutamente respetable y honesta, lo visitaron para entregarle esa

pequeña muestra, como había dicho el viejo, perfectamente derecho mientras hablaba, de gratitud y respeto por la manera tan hábil como llevó usted nuestro caso y, agregó la señora Brunner, porque la alegría que sentían se la debían por completo a él. Ellos apreciaban profundamente su generosidad porque, desde luego, no les había cobrado.

Y cuando tomó el reloj y lo puso en el centro de la repisa de su chimenea, deseó que nadie viera su cara. Esta era la razón por la cual trabajaba, era su recompensa; así que miró a la gente que tenía en ese momento ante sus ojos, como si flotaran sobre aquella escena en su oficina y eso los pusiera en evidencia, y a medida que la escena se iba desvaneciendo —los Brunner se habían desvanecido—, quedó solo él en la escena, frente a esa comunidad hostil, un hombre perfectamente sencillo, simple, un hombre del pueblo (Prickett Ellis se irguió) muy mal vestido, que miraba con rabia y no tenía porte ni elegancia, un hombre sin habilidad alguna para esconder sus sentimientos, un hombre sencillo, un ser humano ordinario, enfrentado al mal, a la corrupción, a la inclemencia de la sociedad. Pero no tenía intenciones de seguir observando así, de modo que se puso sus lentes y comenzó a examinar los cuadros. Leyó los títulos de una fila de libros; en su mayoría, poesía. Cuánto le habría gustado volver a leer algunos de sus autores favoritos —Shakespeare, Dickens—,

desearía tener alguna vez tiempo para darse una vuelta por la National Gallery, pero no podía, no, imposible. En realidad, era imposible, con el mundo en el estado en que estaba. No cuando había gente que necesitaba tu ayuda todo el día y cuyas peticiones eran justas. Esta no era época para lujos. Y entonces miró los sillones y los abrecartas y los libros perfectamente encuadrados y sacudió la cabeza, pues sabía que nunca tendría el tiempo, que nunca tendría corazón para permitirse esos lujos, pensó con satisfacción. Esta gente se escandalizaría si supiera cuánto pagaba él por su tabaco; que su ropa era prestada. Su única extravagancia era el pequeño bote que tenía en los Norfolk Broads. Eso sí se lo permitía. Le gustaba alejarse una vez al año de todo el mundo y tumbarse sobre la espalda en un campo. Entonces pensó en lo mucho que se escandalizaría esta gente tan fina si vieran todo el placer que él obtenía de lo que tan anticuadamente llamaba amor por la naturaleza; árboles y praderas que había conocido desde que era un niño.

Esta gente tan elegante se escandalizaría. De hecho, mientras permanecía ahí, después de guardar sus lentes en el bolsillo, sintió cómo él mismo se volvía un ser cada vez más y más raro. Y era una sensación muy desagradable. Le parecía que sus sentimientos —el hecho de amar a la humanidad, de pagar solo cinco peniques por una onza de tabaco y amar la

Naturaleza— no eran naturales ni silenciosos. Cada uno de estos placeres se había transformado en una protesta. Sentía que esta gente a la que tanto despreciaba lo obligaba a defender su posición y justificar su comportamiento. “Soy un hombre ordinario”, no dejaba de decir. Y lo que dijo después le causó verdadera vergüenza, pero de todas formas lo dijo: “He hecho más por el prójimo en un día que el resto de ustedes en toda su vida”. De hecho, no pudo evitarlo; empezó a recordar escena tras escena, como cuando los Brunner le regalaron el reloj; empezó a acordarse de todas las cosas agradables que las personas habían dicho sobre su bondad, su generosidad, sobre cómo las había ayudado. No podía evitar verse como el servidor sabio y tolerante de la humanidad. Y deseó repetir en voz alta los elogios que había recibido. Era molesto tener que guardar la conciencia de su bondad solo para él mismo. Y todavía más molesto era no poder contarle a nadie lo que la gente había dicho sobre él. Gracias al cielo, se repetía, mañana estaré de nuevo en el trabajo, y, sin embargo, ya no se sentía satisfecho con la simple idea de escurrirse hasta la puerta y marcharse a casa. Tenía que quedarse, tenía que quedarse hasta que pudiera justificarse. Pero ¿podría hacerlo? En todo ese salón lleno de gente, no conocía a una sola alma con la que pudiera conversar.

Por fin se le acercó Richard Dalloway.

—Quiero presentarte a la señorita O’Keefe —dijo. La señorita O’Keefe lo miró directamente a los ojos. Era una mujer más bien arrogante y de modales bruscos, que debía de estar en sus treintas.

La señorita O’Keefe deseaba un helado o algo de beber. Y la razón por la cual le pidió a Prickett Ellis que se lo llevara, de una manera que a él le pareció altanera e injustificable, era que aquella tarde, en medio del calor, había visto a una mujer con dos niños, muy pobres y agotados, pegados contra las rejas de un parque, observando. ¿No podrían dejarlos entrar?, había pensado con un sentimiento de compasión que se elevó como una ola, mientras su indignación empezaba a hervir. No, se reprendió ella misma enseguida, con brusquedad, como dándose una bofetada. Toda la fuerza del mundo no podría hacerlo. De modo que recogió la pelota de tenis y la lanzó de vuelta. Toda la fuerza del mundo no podría hacerlo, dijo con furia, y esa era la razón por la cual le había ordenado al desconocido:

—Tráigame un helado.

Mucho antes de que la señorita O’Keefe se terminara el helado, Prickett Ellis, que seguía junto a ella, pero sin tomar nada, le contó que hacía quince años que no asistía a una fiesta; le contó que el traje que llevaba puesto era prestado y pertenecía a su cuñado; le contó que no le gustaban estas

cosas, y se habría sentido muy aliviado si hubiera podido seguir diciéndole que él era un hombre sencillo al que le gustaba la gente ordinaria, y luego le habría contado (y después se habría sentido avergonzado) sobre los Brunner y el reloj, pero ella preguntó:

—¿Ha visto usted *La tempestad*?

Y luego (porque él no había visto *La tempestad*), ¿había leído tal libro? De nuevo no, y luego, mientras dejaba a un lado el helado, ¿acaso nunca lee usted poesía?

Y entonces Prickett Ellis, sintiendo que en su interior se elevaba algo capaz de decapitar a esta mujer, de convertirla en una víctima, de masacrarla, la obligó a sentarse allá abajo, donde nadie los interrumpiera, en dos sillas del jardín desierto, pues todos los otros estaban arriba, y lo único que se oía era un murmullo, un zumbido, voces y risas, como si fuera el enloquecido acompañamiento de una orquesta fantasma a un gato o dos que caminaban sigilosamente por el césped, y las hojas trémulas, y las frutas amarillas y rojas como faroles chinos meciéndose hacia uno y otro lado; la conversación parecía un frenético baile de esqueletos, contra algo muy real y lleno de sufrimiento.

—¡Qué hermosura! —dijo la señorita O'Keefe.

Ah, cuán hermoso era este pequeño retazo de hierba, con las torres de Westminster perfiladas contra el fondo negro,

altas, después de salir del salón; además estaba en silencio, luego de tanto ruido. Después de todo, ellos compartían eso: la mujer agotada con los niños.

Prickett Ellis encendió su pipa. Eso, seguro, escandalizaría a la señorita O'Keefe; luego la llenó con picadura comprada a cinco peniques la onza. Después se imaginó tendido en su bote fumando, y podía verse allí solo, por la noche, fumando bajo las estrellas. Como a todo lo largo de la noche, no podía dejar de imaginar lo que pensaría la gente que estaba ahí si lo vieran. Entonces le dijo a la señorita O'Keefe, mientras ras-trillaba un fósforo contra la suela de su bota, que no podía ver nada particularmente hermoso allí afuera.

—Tal vez —dijo la señorita O'Keefe— a usted no le interesa la belleza. (Él le había contado que no había visto *La tempestad*; que no había leído tal libro; además se veía descuidado, con ese bigote, el mentón y la cadena de plata del reloj.) Pero luego ella pensó que nadie tenía que pagar ni un penique por eso; los museos eran gratuitos, al igual que la National Gallery, y el campo. Desde luego, ella conocía de sobra las objeciones: la ropa que lavar, la cocina, los niños; pero la raíz de las cosas, lo que todos tenían miedo de decir, era que la felicidad es baratísima. Puedes ser feliz por nada. La belleza.

Entonces Prickett Ellis decidió darle su merecido a aquella mujer pálida, grosera y arrogante. Le dijo, mientras aspiraba

su tabaco, lo que había hecho ese día. Levantado a las seis; reuniones de trabajo; el olor de las cañerías en una barriada sucia; luego a los tribunales.

Ahí vaciló, pues deseaba contarle a ella algo de sus propias hazañas. Pero al suprimir eso, se volvió todavía más cáustico. Dijo que lo enfermaba oír a mujeres bien alimentadas y bien vestidas (ella hizo una mueca, porque era delgada y su vestido dejaba mucho que desear) hablando de belleza.

—¡La belleza! —dijo. Lamentablemente, no entendía la belleza separada de los seres humanos.

Así que se quedaron observando el jardín vacío, con las luces temblorosas y un gato vacilando en el centro, con una pata levantada.

¿Belleza separada de los seres humanos? ¿Qué quería decir con eso?, preguntó ella de pronto.

Pues bien: sintiéndose cada vez más nervioso, Prickett Ellis le contó la historia de los Brunner y el reloj, sin ocultar lo orgulloso que eso lo hacía sentir. Eso era hermoso, dijo él.

La señorita O'Keefe no tenía palabras para explicar el horror que esta historia le despertó. En primer lugar, la vanidad de aquel hombre; luego su falta de decencia al hablar sobre los sentimientos humanos; era una blasfemia; nadie en todo el mundo debería contar una historia para demostrar que amaba al prójimo. Sin embargo, mientras él la contaba —la

forma en que el viejo se había puesto de pie para pronunciar su discurso—, a ella se le llenaron los ojos de lágrimas; ah, ¡si alguien le hubiese dicho eso a ella alguna vez! Pero luego, claro, ella vio cómo lo que condenaba para siempre a la humanidad era justamente eso; nunca llegarían más allá de conmovedoras escenas con relojes; de los Brunners pronunciando discursos para los Prickett Ellises, y los Prickett Ellises siempre harían alarde de lo mucho que amaban al prójimo; siempre serían perezosos, conciliadores y temerosos de la belleza. De ahí salían las revoluciones; de la pereza y el temor y este amor por las escenas conmovedoras. No obstante, este hombre se complacía hablando de sus Brunner, y ella estaba condenada a sufrir para siempre a causa de las mujeres pobres excluidas de los parques. Así que se quedaron en silencio. Los dos eran muy infelices. Porque Prickett Ellis no se sentía aliviado en lo más mínimo por lo que había dicho; en lugar de sacarle a ella la espina, se la había enterrado más; la felicidad que había sentido por la mañana había desaparecido. Y la señorita O’Keefe estaba confundida y molesta; en lugar de aclarar las cosas, ahora todo era más enredado.

—Me temo que soy una de esas personas corrientes —dijo él, poniéndose de pie— que aman a su prójimo.

A lo cual la señorita O’Keefe respondió casi con un grito:

—Lo mismo que yo.

Odiándose mutuamente, odiando a toda la gente que estaba en la casa y que les había ofrecido esa velada tan dolorosa y decepcionante, estos dos amantes de su prójimo se levantaron y, sin decir palabra, se despidieron para siempre.

RECAPITULACIÓN

DADO QUE ADENTRO HABÍA EMPEZADO A HACER mucho calor y había mucha gente; dado que no podía haber ningún riesgo de lluvia en una noche como esta; y dado que los faroles chinos parecían colgar de los árboles como frutas rojas y verdes en las profundidades de un bosque encantado, el señor Bertram Pritchard llevó a la señora Latham al jardín.

El aire libre y la sensación de estar afuera sorprendieron a Sasha Latham, la dama alta, atractiva y de apariencia más bien lánguida, cuya imponencia era tal que la gente nunca creía que pudiera sentirse totalmente nula y torpe cuando tenía que hablar en público. Pero esa era la verdad y por eso se sentía contenta de estar con Bertram, pues siempre se podía confiar en él para que hablara sin cesar, incluso a la intemperie. Puestas por escrito, las cosas que él decía resultarían increíbles: no solo cada cosa que decía carecía en sí misma de

significado, sino que no había conexión alguna entre sus distintos comentarios. De hecho, si alguien hubiese tomado un lápiz para escribir sus palabras —y con lo que decía en una noche podría llenarse un libro entero—, nadie podría poner en duda, al leer aquello, que aquel pobre hombre era corto de miras. Sin embargo, este distaba mucho de ser el caso, pues el señor Pritchard era un apreciado funcionario público y miembro de la honorabilísima Orden del Baño; pero lo que resultaba todavía más extraño era que, casi sin excepción, todo el mundo lo apreciaba. Había un cierto tono en su voz, una cadencia o un énfasis, un cierto esplendor en la incongruencia de sus ideas, algo que emanaba de su cara redonda y morena y su cuerpo regordete de petirrojo, algo inmaterial e invaluable, que existía y crecía y lograba independizarse de sus palabras pues, de hecho, con frecuencia expresaba todo lo contrario. Esto es lo que Sasha Latham estaría pensando mientras él charlaba y charlaba sobre su viaje por Devonshire, sobre hostales y caseras, sobre Eddie y Freddie, sobre vacas y viajes nocturnos, sobre crema y estrellas, sobre los ferrocarriles del continente y las *Guías Bradshaw*, sobre la pesca del bacalao y cómo pescarse un resfriado, sobre la influenza y el reumatismo y sobre Keats. Ella pensaba en él en abstracto, como una persona cuya existencia era buena, imaginándolo, mientras él seguía hablando, bajo la apariencia que se distinguía de lo

que decía y que era, sin duda, el verdadero Bertram Pritchard, aunque fuera imposible demostrarlo. ¿Cómo probar que en realidad era un amigo leal y muy comprensivo y que...? Pero ahí, como sucedía con tanta frecuencia al hablar con Bertram Pritchard, Sasha se olvidó de la existencia de aquel hombre y empezó a pensar en otra cosa.

Pensaba en la noche, dejándose llevar un poco, mientras observaba el cielo. De repente sintió el aroma del campo, la solemne quietud de las praderas bajo las estrellas, pero allí, en el jardín trasero de la señora Dalloway, en Westminster, la belleza la estremeció —a pesar de haber nacido y haberse criado en el campo— probablemente debido al contraste: por aquí el olor del heno que llenaba el aire y por allá, justo detrás de ella, salones llenos de gente. Sasha caminaba junto a Bertram y parecía un venado, con una cierta elasticidad en los tobillos, abanicándose, majestuosa, en silencio, con los cinco sentidos alerta, los oídos aguzados, olfateando el aire, como si fuera una criatura salvaje pero perfectamente dueña de sí misma, que estuviera disfrutando de la noche.

Esto, pensó Sasha, sí que es una maravilla; el máximo logro de la raza humana. Donde antes había solo juncos y canoas para atravesar el pantano, ahora hay esto, y entonces pensó en la casa, seca, sólida y bien cimentada, llena de objetos valiosos, rebosante de personas que se acercaban unas a otras, y

luego se separaban, intercambiando opiniones y animándose entre ellas. Clarissa Dalloway la había hecho construir en los baldíos de la noche, había puesto lozas sobre el pantano, y... Cuando llegaron al final del jardín (que en realidad era extremadamente pequeño), y Sasha y Bertram se sentaron en un par de sillas reclinables, ella contempló la casa con veneración, con entusiasmo, como si la hubiese atravesado una saeta de oro y las lágrimas que se formaban en esta cayeran en una profunda acción de gracias. Tímida, como era, y casi incapaz de musitar palabra cuando le presentaban a alguien, fundamentalmente modesta, Sasha sentía honda admiración por los demás. Sería maravilloso ser como ellos, pero estaba condenada a ser ella misma y lo único que podía hacer era aplaudir de manera silenciosa y entusiasta —mientras estaba sentada en un jardín— la compañía de la humanidad de la que estaba excluida. A sus labios acudían expresiones poéticas en su honor; ellos eran encantadores y buenos, pero sobre todo valientes, habían triunfado sobre la noche y los pantanos, eran los sobrevivientes, la cofradía de aventureros que, ante los peligros, se lanza al mar.

Debido a una mala jugada del destino, ella era incapaz de unírseles, pero podía sentarse allí y alabarlos, mientras Bertram seguía hablando, pues él era uno de estos viajeros, tal vez un grumete o un simple marinero, alguien que se trepa

alegremente a los mástiles mientras silba. Al pensar en esto, la rama de un árbol que estaba frente a ella se impregnó de tal manera de su admiración por la gente de la casa que empezó a verter gotas de oro, o se irguió derecha como un centinela. Era parte de aquella comunidad gallarda y festiva, un mástil del cual ondeaba una bandera. Contra la pared había una especie de barril, al cual también le atribuyó algunos dones.

Pero de pronto Bertram, que era bastante inquieto físicamente, quiso explorar el terreno y, subiéndose a un montón de ladrillos, se asomó por encima de la tapia del jardín. Sasha también se asomó. Vio un balde o, tal vez, una bota. En un segundo la ilusión se desvaneció. Ahí estaba Londres otra vez: el enorme mundo impersonal e indiferente: autobuses, tiendas, luces que alumbran la entrada a las tabernas, y policías bostezando.

Después de satisfacer su curiosidad y haber reabastecido las fuentes efervescentes de su conversación gracias al momento de silencio, Bertram invitó al señor y la señora Fulano de tal a sentarse con ellos y acercaron un par de sillas más. Así que se sentaron de nuevo, frente a la misma casa, el mismo árbol, el mismo barril; solo que después de haber mirado por encima de la tapia y haberle echado un vistazo al balde o, mejor, a Londres mientras seguía su vida despreocupadamente, Sasha ya no pudo rociar sobre el mundo la misma lluvia de

oro. Bertram hablaba y los fulanos —por nada del mundo era capaz de recordar si su apellido era Wallace o Freeman— respondían, y todas sus palabras pasaban a través de una fina bruma dorada, pero caían luego en la prosaica luz del día. Sasha observaba la casa estilo Reina Ana, seca y sólida; hizo su mejor esfuerzo por recordar lo que había aprendido en la escuela sobre la Isla de Thorney¹ y los hombres en canoas, las ostras, los patos salvajes y la neblina, pero ahora la casa no le parecía más que el resultado lógico del trabajo de plomeros y carpinteros, y aquel grupo, nada más que gente en traje de gala.

Luego se preguntó cuál visión sería la verdadera. Podía ver el balde y la casa, mitad iluminada, mitad apagada.

Le hizo esta pregunta a ese personaje que había creado, con toda su modestia, a partir de la sabiduría y el poder de los demás. Con frecuencia las respuestas le llegaban por accidente; por ejemplo, a veces conocía las respuestas de su viejo spaniel con solo verlo batir la cola.

Y ahora el árbol, despojado de su apariencia dorada y su majestuosidad, parecía proporcionarle una respuesta; se volvió un árbol común, el único en un pantano. Ella había visto varias veces otros como ese; había visto las nubes teñidas de

1 Isla del río Támesis donde se construyeron la abadía de Westminster y el palacio del mismo nombre que aloja hoy el Parlamento británico. [N. de la trad.]

rojo a través de sus ramas, o los rayos plateados e irregulares que surgían de una luna dividida. Pero, ¿cuál era la respuesta? Pues bien, que el alma —porque Sasha era consciente de que dentro de ella se movía una criatura que se abría paso en su interior, tratando de escapar, y a la que momentáneamente llamaba alma— es solitaria por naturaleza, un ave que carece de pareja; un ave posada allá a lo lejos, en ese árbol.

Pero luego Bertram, tomándola del brazo con familiaridad —porque se conocían desde siempre—, comentó que no estaban cumpliendo con su deber y debían volver a la casa.

En ese momento, en alguna callejuela o taberna, resonó aquella conocida voz, inarticulada, asexuada y terrible; un alarido, un grito. Y el ave solitaria se alejó volando espantada, trazando círculos cada vez más amplios, hasta que (lo que ella llamaba su alma) se convirtió en algo tan remoto como un cuervo que alza el vuelo cuando le arrojamos una piedra.

Luego resultó que, durante la conversación a la que Sasha apenas había prestado atención, Bertram había llegado a la conclusión de que le agradaba el señor Wallace, pero no tanto su mujer, que era “sin duda, muy inteligente”.

LA MUJER EN EL ESPEJO

ASÍ COMO LA GENTE NO DEJA ABIERTA LA CHEQUERA, ni deja por ahí una carta en la que confiesa un crimen horrible, tampoco debería colgar espejos en los salones. Aquella tarde de verano era imposible no mirar el espejo largo que colgaba de la pared, a la salida del salón. Era lo que el azar había dispuesto. Desde el fondo del sofá de la sala se podía ver, en el espejo italiano, el reflejo no solo de la mesa con tablero de mármol que estaba delante, sino un retazo del jardín que estaba más allá. Se veía un largo sendero de césped que pasaba por entre jardineras llenas de flores de tallo largo hasta que el marco dorado lo cortaba de repente en una esquina.

La casa estaba vacía y, al ser las únicas personas en el salón, nos sentíamos como esos naturalistas que, camuflados bajo una capa de hierba y hojas, se agazapan a observar a los animales más tímidos: tejones, nutrias, martines pescadores,

mientras estos se mueven libremente, creyéndose invisibles. Aquella tarde el salón estaba lleno de criaturas tímidas como esas, de luces y sombras, de cortinas que volaban con el viento, de pétalos cayendo —cosas que aparentemente nunca ocurren si hay alguien observando—. La vieja y tranquila sala campestre —con sus alfombras y su chimenea de piedra, sus bibliotecas empotradas y sus armarios lacados, rojos y dorados— estaba llena de esas criaturas nocturnas. Estas llegaban haciendo piruetas por el suelo, pisando delicadamente con patas juguetonas y colas desplegadas, y picoteando con picos insinuantes, como cigüeñas o bandadas de elegantes flamencos que hubiesen perdido su color rosado, o pavos reales cuyas colas estuviesen ocultas por un velo de plata. Y también había ráfagas misteriosas y ensombrecimientos, como si una jibia hubiese teñido de tinta el aire de repente; y la sala también tenía pasiones y furias y envidias y penas, que llegaban a invadirla como si fuera un ser humano. Nada se mantenía igual por más de dos segundos.

Pero afuera, el espejo reflejaba la mesa de la entrada, los girasoles y el sendero del jardín de manera tan precisa y tan quieta que estos parecían atrapados allí, en una realidad de la que no podían escapar. Era el contraste más extraño: aquí todo cambiaba y allá todo era calma; y resultaba imposible evitar que la mirada saltara de una cosa a la otra. Entretanto,

debido a que todas las puertas y ventanas estaban abiertas por el calor, se oía constantemente un siseo entrecortado, la voz de lo efímero y lo perecedero, que parecía ir y venir como la respiración humana, mientras que en el espejo las cosas habían dejado de respirar y reposaban inertes, en trance de inmortalidad.

Hacía media hora que la señora de la casa, Isabella Tyson, se había marchado por el sendero de césped con su vaporoso vestido de verano, llevando una cesta, y había desaparecido, segada por el marco dorado del espejo. Era de suponer que había ido a la parte de abajo del jardín a coger unas flores; o quizás parecía más natural suponer que había ido a coger algo ligero y fantástico, frondoso y rastrero —tal vez unos jazmines de monte—, o uno de esos elegantes ramilletes de campanillas que se enroscan alrededor de los muros sin gracia y luego estallan aquí y allá en manojos de flores blancas y violetas. Isabella evocaba más las campanillas fantásticas y trémulas que las estiradas áster, las tias amapolas, o sus propias rosas fulgurantes, encendidas como lámparas en las estacas de sus rosales. Esta comparación mostraba cuán poco sabíamos sobre ella después de todos estos años; porque es imposible que cualquier mujer de carne y hueso, entre cincuenta y cinco y sesenta años, pueda ser realmente una guirnalda o un zarcillo. Semejantes comparaciones no solo son

inoficiosas y superficiales, son incluso crueles, porque se interponen temblorosas, como las campanillas mismas, entre nuestros ojos y la verdad. La verdad es indispensable, tiene que haber un muro. Sin embargo, era extraño que, después de conocerla durante todos estos años, no pudiéramos decir cuál era la verdadera Isabella; que todavía pronunciáramos frases como aquella sobre las campanillas y los jazmines de monte. Si vamos a los hechos, era un hecho que Isabella era una solterona, que era rica, que había comprado esta casa y había ido reuniendo con sus propias manos —a menudo en los lugares más recónditos del mundo y arriesgándose a picaduras venenosas y enfermedades asiáticas— las alfombras, las sillas, los armarios que ahora vivían su existencia nocturna ante nuestros ojos. A veces parecía como si esas cosas supieran más sobre ella de lo que a nosotros —que nos sentábamos en ellas, escribíamos sobre ellas y andábamos con tanto cuidado por ellas— nos estaba permitido saber. En cada uno de esos armarios había muchos cajoncitos, y cada uno de estos contenía, casi con toda seguridad, cartas atadas con lazos de cinta y perfumadas con ramitos de lavanda o pétalos de rosa. Porque otro hecho irrefutable —si fueran hechos lo que quisiéramos— era que Isabella había conocido a mucha gente, que había tenido muchos amigos; y así, quien tuviera la audacia de abrir un cajón y leer sus cartas, probablemente

hallaría indicios de muchos estremecimientos, de citas por cumplir, de recriminaciones por no haberlas cumplido; largas cartas llenas de intimidad y afecto, violentas cartas llenas de celos y reproches, fuertes palabras de despedida, pues todas esas citas y encuentros no habían conducido a nada. El caso es que ella nunca se casó y, sin embargo, a juzgar por la máscara de indiferencia de su rostro, parecía haber tenido veinte veces más pasiones y experiencias que aquellos cuyos amores se anuncian a los cuatro vientos. A fuerza de preocuparse por Isabella, su salón se había vuelto más sombrío y simbólico; los rincones parecían más oscuros, y las patas de sillas y mesas, más escuálidas y enigmáticas.

De forma abrupta, todas estas reflexiones se interrumpieron sin hacer ningún ruido. Una inmensa figura oscura entró al espejo, tapando todo lo demás, desparramó sobre la mesa un paquete de tablillas jaspeadas con vetas color rosa y gris, y se marchó. Pero la imagen se alteró por completo. Por un instante se volvió irreconocible e irracional y se desenfocó totalmente. Era imposible relacionar aquellas tablillas con cualquier propósito humano. Y luego, poco a poco empezó a operar en ellas un proceso lógico que las fue ordenando y acomodando hasta traerlas al reino de la experiencia cotidiana. Al fin entendimos que se trataba solo de cartas; el hombre había traído el correo.

Al comienzo se quedaron allí, sobre la mesa con tablero de mármol, empapadas de luz y color, toscas y desencajadas. Y luego fue extraño ver cómo se incorporaban y se organizaban y se componían para integrarse a la imagen y adquirir la quietud y la inmortalidad que confería el espejo. Quedaron allí, investidas de una realidad y un significado nuevos, y también más pesadas, como si se necesitara un cincel para desprenderlas de la mesa. Y, ya fuera una fantasía o no, parecían haberse convertido en algo más que un puñado de cartas casuales para transformarse en tablillas grabadas con la verdad eterna; quien pudiera leerlas descubriría todo lo que se podía saber sobre Isabella, sí, y también sobre la vida. Las páginas que contenían esos sobres jaspeados debían de tener trazos profundos, colmados de significado, e Isabella entraría y las tomaría una a una, muy lentamente, y las abriría y las leería con cuidado, palabra por palabra, y luego, con un hondo suspiro de comprensión, como si hubiese llegado al fondo de todas las cosas, rompería los sobres en pedazos pequeños y ataría las cartas y le echaría llave al cajón del armario, decidida a ocultar lo que no quería que se supiera.

Esta idea fue como un reto. Isabella no quería revelar sus secretos, pero ya no debía seguir escapándose. Aquello era absurdo y monstruoso. Si escondía tantas cosas y sabía tantas cosas, nosotros debíamos abrirla a la fuerza, con la primera

herramienta que encontráramos: la imaginación. Debíamos concentrarnos en ella en ese mismo instante. Debíamos amarrarla allí. Teníamos que oponernos a que nos siguiera distraiendo con excusas y actitudes pasajeras, con cenas y visitas y conversaciones amables. Debíamos meternos en sus zapatos. Si tomáramos la expresión literalmente, era fácil ver los zapatos que llevaba puestos en ese momento, allá abajo en el jardín. Angostos y largos, muy a la moda, fabricados con el cuero más suave y más flexible. Como todo lo que ella se ponía, los zapatos eran preciosos. Y seguramente estaba de pie, bajo los árboles altos que formaban el cercado de la parte más baja del jardín, levantando las tijeras que tenía atadas a la cintura, para cortar una flor seca o una rama demasiado larga. El sol caería sobre su cara, directamente sobre los ojos... pero no, en ese momento específico, una nube tapó el sol, dándole a sus ojos una expresión equívoca: ¿era burlona o tierna, alegre o triste? Solo podíamos ver la silueta indefinida de su rostro más bien borroso, mirando hacia el cielo. Tal vez estaba pensando que debería comprar un nuevo acolchado para las fresas; que debía enviarle unas flores a la viuda Johnson; que ya iba siendo hora de tomar el auto para ir a visitar a los Hipplesley en su nueva casa. Ciertamente esas eran las cosas de las que ella hablaba en la cena, pero ya estábamos cansados de oír lo

que ella decía durante la cena. Lo que queríamos captar y convertir en palabras era el estado más profundo de su ser, ese estado que es a la mente lo que la respiración es al cuerpo, eso que llamamos felicidad o infelicidad. Al mencionar esas palabras se volvió evidente, sin duda, que ella debía de ser feliz. Era rica, era distinguida, tenía muchos amigos, viajaba y compraba alfombras en Turquía y cerámicas azules en Irán. Sendas de placer brotaban hacia un lado y otro desde donde ella estaba, con sus tijeras levantadas y listas para cortar las ramas temblorosas, mientras un encaje de nubes ocultaba su rostro.

Y entonces, con un rápido movimiento de las tijeras, Isabella cortó un ramillete de jazmines de monte y este cayó al suelo. Al caer, seguramente también entró un poco de luz, y seguramente nosotros también pudimos penetrar un poco más en su ser. En ese momento, un sentimiento de ternura y arrepentimiento inundó su mente... Cortar una rama que había crecido en exceso la entristecía porque la rama era un ser vivo y la vida era algo muypreciado para ella. Sí, y al mismo tiempo la caída de la rama la hacía pensar en la forma como ella misma tendría que morir y en toda la futilidad y la fugacidad de las cosas. Y luego, conteniendo de nuevo ese pensamiento con rapidez, gracias a su buen juicio, Isabella pensó que la vida la había tratado bien, y aunque tuviera que

morir, sería para yacer sobre la tierra y pudrirse lentamente entre las raíces de las violetas. Eso era lo que pensaba, sin definir mucho ningún pensamiento, porque aunque Isabella era una de esas personas reservadas que mantienen los pensamientos envueltos en nubes de silencio, su mente siempre estaba llena de pensamientos. Su mente era como su salón, en el cual avanzaban y retrocedían las luces, haciendo piruetas y pisando con delicadeza, extendiendo la cola y picoteando todo a su paso; y de pronto todo su ser fue invadido, de nuevo al igual que su salón, por una nube de conocimiento profundo, un cierto arrepentimiento tácito que la llenó de pronto de cajones cerrados con llave y abarrotados de cartas, al igual que sus armarios. Hablar de “abrirla por la fuerza”, como si fuera una ostra, y de utilizar para ello solo la mejor herramienta, la más sutil y flexible, era perverso y absurdo. Había que imaginar... pero de repente Isabella apareció en el espejo y eso nos asustó.

Al comienzo estaba tan lejos que no podíamos verla con claridad. Venía caminando lentamente, deteniéndose de vez en cuando —a enderezar una rosa aquí, a levantar un capullo allá para olerlo—, pero sin dejar de avanzar; y cada vez se volvía más y más grande en el reflejo del espejo, más y más completamente la persona cuya mente habíamos estado tratando de penetrar. Poco a poco íbamos comprobando

y encajando en ese cuerpo visible las cualidades que habíamos descubierto. Ahí estaban el vestido gris verdoso y los zapatos largos, la cesta y algo brillante en el cuello. Avanzaba tan lentamente que no pareció perturbar la imagen del espejo, apenas para aportarle un nuevo elemento que se movía con suavidad y escasamente alteraba los otros objetos, como preguntándoles, con suma cortesía, si podían abrirle un espacio. Y entonces las cartas y la mesa y el sendero de césped y los girasoles que habían estado esperando en el espejo se separaron y se corrieron de forma que ella pudiera acomodarse entre ellos. Y por fin estaba ahí, en la entrada. Isabella se detuvo en seco; se acercó a la mesa y se quedó perfectamente quieta. De inmediato el espejo empezó a bañarla con una luz que pareció paralizarla, semejante a una especie de ácido que disolvía todo lo que no era esencial, lo superficial, para dejar solo la verdad. Era un espectáculo fascinante. Todo se fue desprendiendo de ella: nubes, vestido, cesta, brillantes, todo lo que habíamos asimilado a una enredadera llena de campanillas. He aquí el muro que estaba debajo. He aquí la mujer misma. Isabella quedó desnuda bajo aquella luz inclemente y no había nada. Estaba perfectamente vacía. No tenía pensamientos, ni amigos, no quería a nadie. Y en cuanto a la correspondencia, eran solo cuentas por pagar. Observémosla allí, vieja y angulosa, jaspeada

y fruncida, con la nariz en alto y el cuello arrugado, sin tomarse siquiera la molestia de abrir las cartas.

La gente no debería colgar espejos en sus salones.

LA DUQUEESA Y EL JOYERO

OLIVER BACON VIVÍA EN EL ÚLTIMO PISO DE UNA casa que daba al Green Park. Tenía un apartamento allí: los sillones, forrados en cuero, se adaptaban perfectamente a los ángulos; los sofás, que ocupaban los miradores de las ventanas, estaban cubiertos de tapices. Las ventanas, tres largas ventanas, tenían la proporción adecuada de cortinas de velo y satín estampado. El aparador de caoba rebosaba discretamente con el surtido exacto de brandis, whiskeys y licores. Y desde la ventana de en medio, Oliver contemplaba los techos relucientes de los autos último modelo que congestionaban las calles estrechas de Picadilly. Imposible imaginar una ubicación más céntrica. A las ocho de la mañana, un criado le llevaba el desayuno en una bandeja: el criado le ayudaba a ponerse su bata carmesí, y luego Oliver abría la correspondencia con sus uñas largas y puntiagudas, y sacaba gruesas

tarjetas de invitación, blancas y burdamente repujadas, en las que se destacaban los sellos de duquesas, condesas, vizcondesas y honorables damas. Después se bañaba, comía sus tostadas y enseguida leía el periódico, junto a la luz radiante de su chimenea eléctrica.

“Mira no más, Oliver”, decía, hablándose a sí mismo. “Tú, que empezaste la vida en un sucio callejón, tú, que...”, y bajaba la vista hacia sus piernas —tan proporcionadas en aquellos pantalones perfectos— y hacia los botines y las polainas. Todo era primoroso, magnífico; cortado del mejor paño por las mejores tijeras de Savile Row. Pero con frecuencia Oliver se despojaba de todo aquello y volvía a ser un chiquillo en un callejón oscuro. Alguna vez creyó que el culmen de su ambición era vender perros robados a mujeres elegantes en Whitechapel. Y en una ocasión lo arrestaron. “Ay, Oliver”, se lamentó su madre. “¡Ay, Oliver! ¿Cuándo cogerás juicio, hijo mío?” Luego empezó a trabajar tras un mostrador, vendiendo relojes baratos. Después llevó a Ámsterdam un sobre... Al recordar aquello, Oliver soltaba una risita: el viejo Oliver evocando al joven. Sí, le había ido bien con aquellos tres diamantes, y también recibió una comisión por la esmeralda. Posteriormente pasó a ocupar la oficina privada del fondo, en la tienda de Hatton Garden; el cuarto donde estaban las balanzas, la caja de seguridad y las gruesas lupas. Y después...

y después... Oliver se reía entre dientes. Cuando pasaba, en el calor de la tarde, junto a los corrillos de joyeros que hablaban de precios, minas de oro, diamantes e informes llegados de Suráfrica, alguno se llevaba un dedo a un lado de la nariz y murmuraba: “Hum-m-m”. No era más que un murmullo, un golpecito en el hombro, un roce del dedo en la nariz, un rumor que recorría el grupo de joyeros de Hatton Garden, en una tarde calurosa, ¡ay, hace ya tantos años! Pero Oliver todavía sentía cómo bajaba por su columna vertebral aquel golpecito, el murmullo cuyo significado era: “Miren al joven Oliver, el joven joyero, ahí va”. Porque en ese momento era joven. Y cada vez se vestía mejor; y tuvo primero un cabriolé, y luego, un automóvil; y primero se sentaba arriba en el gallinero, y luego accedió a la platea. Y tenía una casa de campo en Richmond, con vista sobre el río y enrejados cubiertos de rosas rojas; y cada mañana, Mademoiselle acostumbraba a cortar una para ponérsela en el ojal de la solapa.

—Y ahora... —dijo Oliver Bacon, al tiempo que se ponía de pie y estiraba las piernas—. Ahora...

Fue a pararse debajo del retrato de una anciana que había sobre la chimenea y levantó las manos.

—He cumplido mi palabra —dijo y juntó las manos, palma contra palma, como rindiéndole homenaje a la anciana—. Gané la apuesta.

Y así era: Oliver era el joyero más rico de Inglaterra, pero su nariz —que era larga y flexible, como la trompa de un elefante, y cuyas aletas tenían un curioso temblor (aunque era como si temblara la nariz entera y no solo las aletas)— parecía decir que todavía no estaba satisfecho; que aún detectaba cierto olor bajo la tierra, un poco más lejos. Imaginemos un cerdo gigante en un prado lleno de trufas, que después de desenterrar una trufa, y otra más, todavía percibe el olor de una más grande, una trufa más negra, escondida entre la tierra, un poco más allá. Y así era como Oliver olfateaba siempre, en la rica tierra de Mayfair, otra trufa, más negra y más grande, un poco más allá.

Pero ahora enderezó el alfiler de perla de su corbata, se enfundó en su elegante abrigo azul, cogió sus guantes amarillos y su bastón, bajó las escaleras meciéndose de un lado a otro, y medio olfateó el aire, medio suspiró a través de su larga y afilada nariz, al salir a Picadilly. Porque ¿no seguía siendo un hombre triste, un hombre insatisfecho, un hombre que busca algo oculto, pese a haber ganado ya su apuesta?

Oliver se mecía ligeramente al caminar, como se balancea el camello del zoológico de un lado a otro, cuando deambula por las avenidas de asfalto llevando en su lomo a parejas de tenderos que van comiendo algo que sacan de una bolsa de papel y luego arrojan al suelo bolitas de papel plateado. El camello desprecia a los tenderos; el camello se siente

insatisfecho con lo que le tocó en suerte; el camello ve el lago azul y la franja de palmeras que lo rodean. De la misma forma, el gran joyero, el mejor joyero de todo el mundo, se balanceaba a lo largo de Picadilly, perfectamente vestido, con sus guantes, su bastón, pero todavía insatisfecho, hasta que llegaba a la oscura tiendita, famosa en Francia, en Alemania, en Austria, en Italia y en toda América: la tiendita oscura ubicada en una calle a la salida de Bond Street.

Como de costumbre, Oliver atravesó la tienda sin hablar, aunque los cuatro hombres, los dos viejos: Marshall y Spencer, y los dos jóvenes: Hammond y Wicks, se enderezaron y lo miraron con envidia. Solo un sutil movimiento de uno de los dedos de su guante color ámbar pareció indicar que advertía la presencia de los hombres. Luego siguió hacia el fondo y cerró tras él la puerta de su oficina privada.

A continuación abrió la reja que protegía la ventana y entró el alboroto de Bond Street, el zumbido del tráfico lejano. La luz de los reflectores de la parte trasera de la tienda se proyectaba hacia arriba. Un árbol agitaba seis hojas verdes, porque era el mes de junio. Pero Mademoiselle se había casado con el señor Pedder, de la cervecería del barrio, y ya nadie le ponía rosas en el ojal de la solapa.

—Y ahora —dijo medio suspirando, medio resoplando—, y ahora...

Después tocó un resorte en la pared y los paneles se deslizaron lentamente, revelando tras ellos las cajas de seguridad de acero: cinco, no, seis cajas, todas de acero reluciente. Oliver giró una llave y abrió una, luego otra. Todas estaban forradas con terciopelo color escarlata y en cada una había joyas: brazaletes, collares, anillos, diademas, tiaras ducales; piedras sueltas en estuches de cristal: rubíes, esmeraldas, perlas, diamantes. Todas a buen recaudo, brillantes, frías, pero incandescentes, para siempre, gracias a su propia luz concentrada.

—¡Lágrimas! —dijo Oliver, mientras miraba las perlas.

—¡Sangre del corazón! —exclamó, al contemplar los rubíes.

—¡Pólvora! —siguió diciendo, mientras agitaba los diamantes, que lanzaron chispas y destellaron.

—Suficiente pólvora para hacer volar Mayfair hasta el cielo y ¡más arriba! —dijo, al tiempo que echaba la cabeza hacia atrás y emitía un sonido similar al relincho de un caballo.

El teléfono zumbó servilmente sobre el escritorio, con un timbre ronco. Oliver cerró la caja fuerte.

—En diez minutos —dijo—. No antes. —Y se sentó frente al escritorio, a contemplar las efigies de emperadores romanos grabadas en los gemelos de su camisa. Y de nuevo se despojó de todo y volvió a ser otra vez el chiquillo que jugaba a las canicas en el callejón en el que vendían perros robados los domingos. Se convirtió en aquel chiquillo calculador

y astuto, de labios como cerezas mojadas. El que metía los dedos en sartas de tripas, los hundía en sartenes llenos de pescado frito, y se escabullía entre el gentío. Entonces era delgado y escurridizo, y sus ojos parecían piedras relamidas. Y ahora, ahora, las manecillas del reloj seguían avanzando. Uno, dos, tres, cuatro... La duquesa de Lambourne lo esperaba pacientemente; la duquesa de Lambourne, descendiente de un centenar de condes. Ella tendría que esperar durante diez minutos, sentada en una silla junto al mostrador. Tendría que esperarlo pacientemente. Tendría que esperarlo hasta que él estuviera listo para recibirla. Oliver miró el reloj en su funda de cuero. La manecilla seguía moviéndose. Con cada tictac el reloj le ofrecía —eso parecía— paté de *foie gras*, una copa de champaña, otra de fino brandi, un cigarro que costaba una guinea. El reloj fue depositando todo esto sobre la mesa, ante él, mientras transcurrían los diez minutos. Luego oyó unos pasos suaves, que se acercaban lentamente; un murmullo en el pasillo. La puerta se abrió y el señor Hammond se hizo a un lado, pegándose a la pared.

—¡Su Excelencia! —anunció.

Y se quedó esperando ahí, pegado a la pared.

Y Oliver, al levantarse, pudo oír el rumor que producía el vestido de la duquesa, mientras avanzaba por el pasillo. Luego apareció, llenando el vano de la puerta con su figura, llenando

la habitación con el aroma, el prestigio, la arrogancia, la pompa, el orgullo de todos los duques y duquesas amplificado como en una ola. Y tal como se rompe una ola, la duquesa se desinfló cuando se sentó, desparramándose y explayándose y derrumbándose sobre Oliver Bacon, el gran joyero, cubriéndolo de destellantes colores vivos, verde, rosa, violeta; y de perfumes e iridiscencias; con rayos que brotaban de sus dedos, que saltaban de las plumas, que surgían de la seda. Porque la duquesa era muy grande, muy gorda, férreamente forrada en tafetán rosa y ya entrada en la madurez. Tal como se cierra un parasol con muchos volantes, o pliega sus múltiples plumas un pavo real, la duquesa se encogió y se cerró, al tiempo que se desplomaba en el sillón de cuero.

—¡Buenos días, señor Bacon! —dijo la duquesa y extendió una mano, que se asomaba desde la escotadura de su guante blanco. Oliver se inclinó al tomarla y, cuando sus manos se tocaron, volvió a forjarse un vínculo entre ellos. Eran amigos y, sin embargo, enemigos; él era un señor, ella, una dama; cada uno engañaba al otro, cada uno necesitaba al otro, cada uno temía al otro, cada uno sentía y sabía esto, cada vez que estrechaban las manos así, en la pequeña trastienda, con la luz blanca que entraba de afuera, y el árbol con sus seis hojas, y el alboroto de la calle a lo lejos y las cajas de seguridad al fondo.

—Y hoy, duquesa, ¿qué puedo hacer hoy por usted? —preguntó Oliver con voz muy suave.

La duquesa abrió, entonces, su corazón, la recámara más privada de su corazón, de par en par. Y con un suspiro, pero sin decir palabra, sacó de su bolso una larga funda de gamuza, que parecía un escuálido hurón amarillo. Y desde una hendidura en la panza del hurón empezaron a caer perlas; diez perlas. Estas salieron rodando desde la hendidura en la panza del hurón —una, dos, tres, cuatro— como los huevos de un ave celestial.

—Es lo único que me queda, querido señor Bacon —gimió. Cinco, seis, siete, seguían rodando las perlas por las laderas de la inmensa montaña que caía sobre el regazo, formando un estrecho valle entre las rodillas. La octava, la novena y la décima; ahí yacían, teñidas por el resplandor del tafetán color durazno, diez perlas.

—Del cinturón Appelby —se lamentó la duquesa—. Las últimas... las últimas perlas del cinturón.

Oliver se inclinó y tomó una de las perlas entre el pulgar y el índice. Era redonda y brillante. Pero ¿sería auténtica, o falsa? ¿Estaría mintiendo otra vez la duquesa? ¿Se atrevería?

La duquesa se llevó un dedo grueso y regordete a los labios.

—Si el duque supiera... —susurró—. Querido señor Bacon, un poco de mala suerte...

Conque había estado apostando de nuevo, ¿no?

—¡Ese malvado! ¡Ese tramposo! —siseó la duquesa.

¿El hombre con el pómulo aplastado? Un delincuente. Y el duque, que era tan recto como una vara, con sus patillas, la repudiaría y la encerraría si supiera... todo lo que yo sé, pensó Oliver, mientras miraba de reojo la caja fuerte.

—Araminta, Daphne, Diana —gimió la duquesa—. Es para ellas.

Las señoritas Araminta, Daphne, Diana, sus hijas. Oliver las conocía; las veneraba. Pero era Diana a la que amaba.

—Usted conoce todos mis secretos —dijo ella de modo insinuante. Y las lágrimas empezaron a rodar, a caer; lágrimas como diamantes, tiñéndose de polvos faciales en los surcos de sus mejillas rosadas.

—Viejo amigo —murmuró la duquesa—, viejo amigo.

—Viejo amigo —repitió él—, viejo amigo —como si saboreara las palabras.

—¿Cuánto? —preguntó Oliver.

La duquesa cubrió las perlas con su mano.

—Veinte mil —susurró.

Pero ¿sería auténtica, o falsa, la perla que tenía en su mano? El cinturón Appleby, ¿acaso no lo había vendido ya? Llamaría a Spencer o a Hammond. “Tome esto y examínela”, diría. Oliver se inclinó hacia el timbre.

—¿Vendrá usted mañana? —lo instó la duquesa, interrumpiéndolo—. El primer ministro, Su Alteza Real... —La duquesa hizo una pausa—. Y Diana... —añadió.

Oliver retiró la mano del timbre.

Más allá de la figura de la duquesa, observó la parte posterior de las casas de Bond Street. Pero lo que vio no fueron las casas de Bond Street sino un río rizado, y una trucha saliendo del agua, y un salmón, y al primer ministro, y se vio también a sí mismo, con un chaleco blanco, y luego vio a Diana. Entonces bajó la vista hacia la perla que tenía en la mano. Pero ¿sería capaz de examinarla, a la luz de la imagen del río, a la luz de los ojos de Diana? Mientras, los ojos de la duquesa lo observaban fijamente.

—Veinte mil —gimió ella—. ¡Para salvar mi honor!

¡El honor de la madre de Diana! Oliver acercó su chequera, tomó su bolígrafo.

—Veinte... —escribió. Luego dejó de escribir. Los ojos de la anciana del cuadro también estaban fijos en él, los ojos de su madre.

—¡Oliver! —le advirtió ella—. ¡Despabílate! ¡No seas tan tonto!

—¡Oliver! —imploró la duquesa (y esta vez dijo “Oliver”, no “señor Bacon”)—. ¿Vendrá usted a pasar el fin de semana completo?

¡Solo en el bosque con Diana! ¡Montando a caballo en el bosque con Diana!

—... mil —escribió y firmó.

—Aquí tiene —dijo.

Y ahí se abrieron todos los volantes del parasol, se esparcieron todas las plumas del pavo real, el fulgor de la ola, las espadas y las lanzas de Azincourt¹, mientras la duquesa se levantaba de la silla. Y los dos viejos y los dos jóvenes, Spencer y Marshall, Wicks y Hammond, se pegaron a la pared detrás del mostrador, envidiándolo, mientras Oliver la acompañaba a lo largo de la tienda hasta la puerta. Y él agitó su guante amarillo frente a las caras de sus empleados, al tiempo que ella se aferraba a su honor —un cheque por veinte mil libras con la firma de Oliver—, apretándolo con fuerza entre las manos.

“¿Son auténticas o son falsas?” se preguntó Oliver, mientras cerraba la puerta de su oficina privada. Ahí estaban, diez perlas, sobre el papel secante de la mesa. Oliver las llevó a la ventana. Las puso bajo la lupa, a la luz... Esto era, entonces, la trufa que había sacado de la tierra. Y estaba podrida en el centro, ¡totalmente podrida!

1 Referencia a la batalla de Azincourt, famosa victoria de los ingleses sobre los franceses en 1415, durante la guerra de los Cien Años [N. de la trad.]

—¡Perdóname, ay, madre mía! —suspiró, mientras levantaba la mano como si le estuviera pidiendo perdón a la anciana del retrato. Y de nuevo era un chiquillo en el callejón en el que vendían perros los domingos.

—Porque... —murmuró, juntando las palmas de las manos— va a ser un fin de semana completo.

EL LECTOR COMÚN

Hay una frase en la biografía escrita por el doctor [Samuel] Johnson sobre [Thomas] Gray [en su libro *Vidas de los poetas ingleses*] que bien podría estar en todas esas salas que, aunque son demasiado humildes para llamarse bibliotecas, están llenas de libros, y en las cuales el ejercicio de la lectura es llevado a cabo por personas anónimas: “Me alegra estar de acuerdo con el lector común, porque, a fin de cuentas, toda aspiración a recibir honores poéticos debe decidirse siguiendo el sentido común de los lectores que no están contaminados por los prejuicios literarios producidos por todos los refinamientos de la sutileza y el dogmatismo del aprendizaje”. Esta frase define las cualidades de los lectores comunes; dignifica sus propósitos; le confiere a una actividad que ocupa una gran cantidad de tiempo, y sin embargo no tiende a producir nada

muy sustancial, la capacidad de validar el reconocimiento a los grandes hombres.

Tal como insinúa el doctor Johnson, el lector común se diferencia del crítico y el académico. Tiene menos educación y la Naturaleza no lo ha dotado de manera tan generosa. El lector común lee por placer, en lugar de hacerlo para impartir conocimiento o corregir las opiniones ajenas. Pero, sobre todo, lo guía el instinto de crear para sí mismo, a partir de los diversos fragmentos que pueda encontrar, una cierta totalidad: el retrato de un hombre, el esbozo de una época, una teoría del arte de escribir. Mientras lee, el lector común nunca cesa de levantar un entramado que, aunque maltrecho y desvenado, le brinde la satisfacción pasajera de verse de manera suficiente como el objeto real y despertar así afecto, risa y debate. Precipitado, impreciso y superficial, leyendo un día un poema, y al otro, un fragmento de cualquier antigüedad, sin preocuparse por el lugar donde lo encuentra o cuál pueda ser su naturaleza, en tanto que contribuya a su propósito y complete su estructura, las deficiencias del lector común como crítico son demasiado obvias para que haya necesidad de señalarlas; sin embargo, si este lector tiene, como sostenía el doctor Johnson, alguna influencia en la distribución final de los honores poéticos, entonces tal vez valga la pena anotar

unas cuantas de las ideas y opiniones que, aunque insignificantes en sí mismas, de todas formas contribuyen a producir tan grandioso resultado.

LA MUERTE DE LA POLILLA

Las polillas que vuelan durante el día no son propiamente polillas; no despiertan esa agradable sensación de oscura noche otoñal y florescencia de la hiedra que nunca deja de producir en nosotros la polilla más común de alas amarillas, dormida en la sombra de la cortina. Estas son criaturas híbridas, no tan alegres como las mariposas, pero tampoco tan tristes como otras de su propia especie. No obstante, este espécimen, con sus alas angostas del color del heno, bordeadas por un fleco del mismo color, parecía sentirse contento con la vida. Era una placentera mañana de mediados de septiembre, tibia, agradable, aunque con una brisa un poco más intensa que la de los meses de verano. El arado ya estaba surcando el campo frente a la ventana, y en las zonas por las que ya había pasado su reja, la tierra se veía plana y apretada, brillante gracias a la humedad. Era tal el vigor que llegaba de los campos y las

colinas lejanas que era difícil mantener los ojos estrictamente clavados en el libro. Los grajos también celebraban una de sus festividades anuales y volaban alrededor de las copas de los árboles de modo que parecía como si una inmensa red con miles de nudos negros hubiese sido arrojada al aire y cayera lentamente, después de un momento, sobre estos hasta que cada ramita semejaba tener un nudo en la punta. Luego la red volvía a elevarse en el aire de repente, formando esta vez un círculo más amplio, en medio de un gran clamor y un griterío, como si el hecho de ser lanzados al aire y descender luego lentamente sobre las copas de los árboles fuera una experiencia tremendamente emocionante.

La misma energía que inspiraba a los grajos, a los labriegos, a los caballos y, al parecer, hasta a las mismas colinas esbeltas y yermas, impulsaba a la polilla a revolotear de un lado a otro del rectángulo de la ventana. Era imposible no quedarse contemplándola. De hecho, se podía sentir una extraña compasión por ella. Aquella mañana las posibilidades de gozar de la vida eran tan grandes y tan variadas que el hecho de ser solo una polilla en el gran elenco de la vida —y una polilla diurna, para más señas— parecía un triste destino, y el brío que mostraba este insecto para disfrutar de sus escasas oportunidades de llegar a la plenitud resultaba patético. La polilla voló enérgicamente hacia una de las esquinas de su

compartimento y, después de quedarse ahí un segundo, voló hacia otra. ¿Qué otra cosa le quedaba aparte de volar hasta la tercera esquina y luego hasta la cuarta? Eso era todo lo que podía hacer, a pesar del tamaño de las colinas, la vastedad del firmamento, el humo lejano de las casas y el romántico y ocasional llamado de un vapor en altamar. La polilla hacía lo que podía. Al contemplarla, parecía como si una fibra muy delgada, pero pura, de la enorme energía del mundo hubiese sido implantada dentro de ese cuerpo frágil y diminuto. Cada vez que volaba de un lado a otro del vidrio, yo imaginaba que un hilo de luz vital se volvía visible. Tal vez era pequeña o insignificante, pero era vida.

Sin embargo, dado que era tan pequeña y una forma tan sencilla de la energía que estaba entrando por la ventana y abriéndose camino a través de tantos pasajes estrechos e intrincados de mi propio cerebro y los de otros seres humanos, había algo maravilloso y al mismo tiempo patético en aquella polilla. Era como si alguien hubiese tomado una gota diminuta de vida pura y, después de ataviarla lo más ligeramente posible con un poco de pelusilla y alas, la hubiese puesto a bailar y zigzaguear para mostrarnos la verdadera naturaleza de la vida. Al ver ese despliegue era imposible superar la singularidad de esta. Tenemos la tendencia a olvidar todo sobre la vida, al verla encorvada y sometida y embargada y

sobrecargada de tal forma que solo puede moverse con la mayor circunspección y dignidad. Una vez más, pensar en todo lo que podría haber sido la vida si la polilla hubiese nacido con cualquier otra forma hacía que contempláramos sus sencillas actividades con una suerte de compasión.

Después de un rato, aparentemente cansada de su baile, la polilla se posó al sol, en el marco de la ventana, y al ver que aquel curioso espectáculo había llegado a su fin, me olvidé por completo de ella. Pero luego, al levantar la vista, mis ojos volvieron a sentirse atraídos hacia ella. Estaba tratando de retomar su danza, pero parecía tan entumecida o aturrida que solo podía revolotear en la parte inferior del vidrio, y cuando trataba de remontar el vuelo hasta el otro lado, no lo lograba. Al estar concentrada en otros asuntos, observé todos esos fútiles intentos durante un tiempo, sin pensar, esperando inconscientemente que la polilla retomara su vuelo, tal como se espera que una máquina que ha dejado de funcionar intempestivamente arranque de nuevo, sin pensar en los motivos de la falla. Después de intentarlo tal vez por séptima vez, la polilla se rodó del marco de madera y cayó de espaldas en el alféizar, agitando las alas. La impotencia de su actitud me hizo despabilar. Ahí comprendí que ella estaba en dificultades; ya no podía levantarse, sus patas luchaban en vano. Pero cuando tomé un lápiz, con la intención de ayudarla a

enderezarse, entendí que la caída y la torpeza indicaban la cercanía de la muerte. Entonces dejé el lápiz sobre la mesa.

Las patas se agitaron una vez más y miré a mi alrededor, como buscando al enemigo contra el cual forcejeaban. Miré hacia afuera. ¿Qué había sucedido allá? Al parecer ya era mediodía y los trabajos del campo se habían suspendido por un rato. La quietud y el silencio habían reemplazado la animación previa. Las aves habían levantado el vuelo para alimentarse en las quebradas. Los caballos permanecían inmóviles. Sin embargo, el poder seguía ahí, concentrado allá afuera, indiferente, impersonal, sin prestarle atención a nada en particular. En cierto modo, era lo contrario a la pequeña polilla color heno. Era inútil tratar de hacer cualquier cosa. Lo único que se podía hacer era observar los extraordinarios esfuerzos que hacían aquellas pequeñas patas para defenderse de una fatalidad que se aproximaba de forma inexorable y que, de haberlo decidido, podría haber sumergido una ciudad entera, y no solo una ciudad, sino a cantidades de seres humanos. Nada, yo lo sabía, tenía oportunidad alguna frente a la muerte. No obstante, después de una pausa de agotamiento, las patas volvieron a agitarse. Esta última protesta fue increíble: tan frenética que logró por fin voltearse. Nuestra simpatía, desde luego, estaba totalmente a favor de la vida. Por otra parte, y considerando que no había nadie a quien le importara o

que lo supiera, ver que una pequeña polilla insignificante hacía un esfuerzo tan inmenso contra un poder de semejante magnitud, con el fin de retener lo que nadie más valoraba o deseaba conservar, resultaba extrañamente conmovedor. De nuevo, de alguna forma se vio una gota pura de vida. Volví a levantar el lápiz, a pesar de que sabía que sería inútil, pero justo cuando lo hice, aparecieron las señales inconfundibles de la muerte. El cuerpo se relajó y de inmediato se puso rígido. El combate había terminado. La pequeña criatura insignificante había encontrado la muerte. Mientras observaba la polilla muerta, ese diminuto triunfo marginal de una fuerza tan poderosa sobre un antagonista tan miserable me llenó de asombro. Así como la vida parecía extraña hacía solo unos minutos, ahora la muerte parecía igual de extraña. Y la polilla, que había logrado volver a pararse sobre sus patas, yacía ahora digna y resignadamente tranquila. Ah, sí, parecía decir, la muerte es más fuerte que yo.

NOTA SOBRE ESTA EDICIÓN

La traducción de estos textos breves de Virginia Woolf es de Patricia Torres Londoño, ganadora de la Beca de traducción convocada por Idartes en 2020.

Entre los libros que se consultaron durante la edición de este libro, recomendamos los siguientes: *Sobre la escritura. Virginia Woolf* (Madrid: Alba), editado por Federico Sabatini; *Virginia Woolf. Vida de una escritora* (Barcelona: Gatopardo Ediciones) de Lyndall Gordon; y *Virginia Woolf* (Barcelona: Mondadori), la biografía que escribió sobre ella Nigel Nicolson.



VIRGINIA WOOLF

Virginia Stephen nació el 25 de enero de 1882 en Londres y, dado que su padre, Leslie Stephen, era un eminente novelista, historiador y biógrafo, creció en un ambiente estimulante en el que recibió una primera formación literaria y artística. Se casó con Leonard Woolf (de quien tomó el apellido) y con él creó una pequeña editorial, Hogarth Press, que publicaría, además de las obras de Virginia, libros de Katherine Mansfield, Sigmund Freud y T. S. Eliot. Escribió casi una decena de novelas e infinidad de cuentos, artículos y ensayos, entre los que vale la pena destacar *Una habitación propia*, obra precursoramente feminista y de la que se cita con frecuencia una frase: “... para escribir novelas, una mujer debe tener dinero y una habitación propia”.



Libro al Viento

COLECCIÓN UNIVERSAL

Es de color naranja y en ella se agrupan todos los textos que tienen valor universal, que tienen cabida dentro de la tradición literaria sin distinción de fronteras o épocas

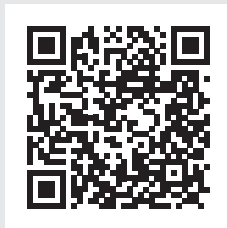
- | | | | |
|-----------|---|-----------|--|
| 1 | ANTÍGONA
<i>Sófocles</i> | 37 | CUENTOS LATINOAMERICANOS III
<i>Julio Ramón Ribeyro, Alfredo Bryce Echenique</i> |
| 22 | LA VENTANA ABIERTA Y OTROS CUENTOS SORPRENDENTES
<i>Saki</i> | 38 | CUENTOS LATINOAMERICANOS IV
<i>José Donoso, Sergio Pitol, Guillermo Cabrera Infante</i> |
| 28 | POEMAS COLOMBIANOS
<i>Antología</i> | 41 | CUENTOS LATINOAMERICANOS V
<i>Mario Vargas Llosa, Felisberto Hernández, Salvador Garmendia</i> |
| 32 | CUENTOS LATINOAMERICANOS I
<i>Adolfo Bioy Casares, Carlos Fuentes, Juan Carlos Onetti</i> | 49 | CUENTOS PARA RELEER
<i>Horacio Quiroga, Katherine Mansfield, Italo Svevo, Rubén Darío, Leopoldo Lugones, José María Eça de Queirós</i> |
| 34 | CUENTOS LATINOAMERICANOS II
<i>Gabriel García Márquez, Juan Rulfo, Rubem Fonseca</i> | 52 | EL CORAZÓN DE LAS TINIEBLAS
<i>Joseph Conrad</i> |
| 35 | BARTLEBY
<i>Herman Melville</i> | | |

- 53** CUENTOS
Saki
- 54** CINCO RELATOS
INSÓLITOS
H. P. Lovecraft
- 61** CANTOS POPULARES DE MI
TIERRA
Candelario Obeso
- 68** TIERRA DE PROMISIÓN
José Eustasio Rivera
- 75** ANACONDA Y OTROS
CUENTOS
Horacio Quiroga
- 78** EL PRIMER AMOR
Iván Turguénev
- 81** ALGUNOS ESPECTROS
ORIENTALES
Lafcadio Hearn
- 84** FICCIONES DESDE BRASIL
Varios autores
- 85** LAZARILLO DE TORMES
Anónimo
- 86** ¿SUEÑAN LOS ANDROIDES
CON ALPACAS
ELÉCTRICAS? ANTOLOGÍA
DE CIENCIA FICCIÓN
LATINOAMERICANA
Varios autores
- 90** QUILLAS, MÁSTILES
Y VELAS. TEXTOS
PORTUGUESES SOBRE EL
MAR
José María Eça de Queirós
- 91** ONCE POETAS BRASILEROS
- 98** POESÍA SATÍRICA Y
BURLESCA
Francisco de Quevedo
- 99** DIEZ CUENTOS PERUANOS
Varios autores
- 103** CARMILLA
Sheridan Le Fanu
- 107** TRES CUENTOS DE
MACONDO Y UN DISCURSO
Gabriel García Márquez
- 108** CARTA SOBRE LOS CIEGOS
PARA USO DE LOS QUE VEN
Denis Diderot
- 110** 50 POEMAS DE AMOR
COLOMBIANOS
Varios autores
- 111** EL MATADERO
Esteban Echeverría
- 113** EL CASTILLO DE OTRANTO
Horace Walpole
- 116** ONCE POETAS
HOLANDESES
Varios autores

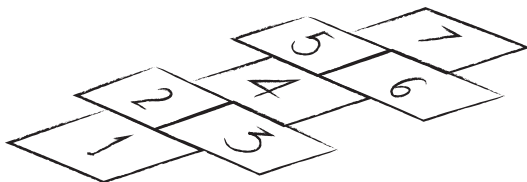
- 122** ONCE POETAS FRANCESES
Varios autores
- 124** BODAS DE SANGRE
Federico García Lorca
- 127** LA HISTORIA DEL BUEN
VIEJO Y LA BELLA
SEÑORITA
Italo Svevo
- 128** LA MARQUESA DE O.
Heinrich von Kleist
- 132** ONCE POETAS
ARGENTINOS
Varios autores
- 135** EL HORLA
Guy de Maupassant
- 144** NOVELA DE AJEDREZ
Stefan Zweig
- 145** RELATOS DE FANTASMAS
Edith Wharton
- 146** AL AMPARO DEL BOSQUE
Varios autores
- 149** DIEZ CUENTOS DEL
DECAMERÓN
Giovanni Boccaccio
- 150** VIAJE ALREDEDOR DE MI
HABITACIÓN
Xavier de Maistre
- 153** UN CORAZÓN SENCILLO
Gustave Flaubert

Este ejemplar de *Libro al Viento* es un bien público. Después de leerlo, permite que circule entre los demás lectores.

Escanea este código
e ingresa a la biblioteca digital,
donde tendrás a disposición
más de 80 de nuestros títulos.



GOLOSA



Un ave posada allá a lo lejos fue editado por el Instituto Distrital de las Artes - Idartes para su Biblioteca Libro al Viento, bajo el número ciento cincuenta y nueve, y se imprimió en el mes de agosto del año 2021 en Bogotá.

CIRCULACIÓN
GRATUITA

159

"Eso era lo que pensaba, sin definir mucho ningún pensamiento, porque, aunque Isabella era una de esas personas reservadas que mantienen los pensamientos envueltos en nubes de silencio, su mente siempre estaba llena de pensamientos".



COLECCIÓN UNIVERSAL



libro al
viento

